

MARIO ORELLANA RODRÍGUEZ



**Los Aborígenes del sur
de Chile en el siglo XVI
¿cómo se llamaban?**

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL SEK
FACULTAD DE ESTUDIOS DEL PATRIMONIO CULTURAL

LOS ABORÍGENES DEL SUR DE CHILE
EN EL SIGLO XVI ¿CÓMO SE LLAMABAN?

Mario Orellana Rodríguez



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL SEK

- © MARIO ORELLANA RODRÍGUEZ, 2001
© UNIVERSIDAD INTERNACIONAL SEK
Avda. José Arrieta 10.000 • Peñalolén
Tels. 2792518 - 2792940
Fax 2783791 • Santiago de Chile

Edición al cuidado de:
SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD INTERNACIONAL SEK

Derechos reservados
Inscripción N° 121.904
I.S.B.N. 956-7137-40-4

Diagramación e Impresión digital
LOM Ediciones Ltda.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE



*A mis hijos Fernando, Jimena y Rodrigo,
por su valiosa colaboración.*

ÍNDICE

1. Presentación	7
2. Introducción	9
3. Metodología	13
4. A la búsqueda de un nombre	17
5. ¿Una cultura, un pueblo?	27
6. Aproximación a las estructuras sociales	33
7. Reche, moluche y mapuche	45
8. Algunos aportes de la investigación arqueológica	51
9. Conclusiones provisionarias	57
10. Bibliografía general	63
11. Láminas	67

PRESENTACIÓN

Para el Rector de la Universidad Internacional SEK, es una gran satisfacción presentar a la comunidad académica el libro «*Los aborígenes del sur de Chile en el siglo XVI, ¿cómo se llamaban?*» del Premio Nacional de Historia (1994), arqueólogo y profesor de nuestra Universidad, Prof. Mario Orellana R.

La investigación del Prof. Orellana se refiere a un tema que ha sido tratado y discutido por especialistas, pero que en los últimos años ha sobrepasado las fronteras de la erudición especializada para convertirse en uno de interés público. Aunque el autor no entra en el tema de los derechos territoriales y de otro tipo del actual pueblo mapuche, trata un conjunto de interrogantes relacionadas con la identidad cultural de ellos, siendo preguntas centrales: ¿Hasta dónde los mapuches descienden directamente de los aborígenes de los últimos siglos prehispánicos y muy concretamente de los del siglo XVI?, y ¿se autodenominaban mapuche, araucano, moluche o reche?

Haciendo una exhaustiva revisión de fuentes y publicaciones especializadas, el autor aporta importantes antecedentes a la solución de los problemas de continuidad y discontinuidad del valioso patrimonio cultural del actual pueblo mapuche. No me cabe la menor duda, que esta obra del Prof. Orellana será un aporte significativo a los académicos especialistas del tema, así como a la comunidad académica universitaria.

Prof. Dr. Alejandro Ormeño O.
Rector UISEK
Agosto de 2001

INTRODUCCIÓN

Uno de los objetivos más importantes del presente estudio es conocer quiénes fueron en el siglo XVI los aborígenes que vivían en el sur de Chile, aproximadamente en las actuales regiones VIII y IX. Los problemas que intentamos resolver se relacionan con el momento histórico del encuentro de los conquistadores españoles con la sociedad indígena, que habitaba diversas provincias situadas al sur del río Itata hasta las aldeañas de la ciudad de Valdivia. ¿Cómo fueron mencionados estos diversos grupos de aborígenes, que ocupaban principalmente las regiones de la costa, de los valles centrales y algunas zonas de la precordillera, en los textos españoles de los primeros sesenta años de la conquista? ¿Los nombres de «arauco», «araucanos», «indios del estado», son sólo creaciones del poeta Alonso de Ercilla y Zúñiga, y se generalizaron a partir del poema épico de la Araucana, que se conoció en el reino de Chile a comienzos de la década de 1570? ¿Cuándo aparecen en los textos españoles los etnónimos de «reche», de «mapuche» de «moluche», de «chilcanos» y de «chilenses»? ¿Qué gentilicios permanecieron o desaparecieron en los siglos XVII y XVIII?

También nos interesa responder, además de cómo fueron nombrados o cómo se llamaron los indígenas, algunas preguntas acerca de sus características sociales y culturales. ¿Constituyeron una sociedad y una cultura bien estructurada en el momento de los contactos? ¿O sólo deben ser conside-

rados como miembros de pueblos con flojas relaciones entre ellos? ¿Qué papel juega el hecho de que todos estos aborígenes tengan una lengua en común? ¿Es suficiente esta realidad lingüística para sostener una uniformidad cultural y étnica?

Es probable que más de alguien afirme que muchos de estos problemas expuestos fueron contestados por los antropólogos clásicos tales como José Toribio Medina, Tomás Guevara, Ricardo E. Latcham, John M. Cooper, Mischa Titiev, Louis Faron (véase bibliografía), o por recientes antropólogos y etnohistoriadores e historiadores chilenos, tales como Rolf Foester, Leonardo León, Sergio Villalobos, Horacio Zapater, Osvaldo Silva, Luis Carlos Parentini, Tom Dillehay y Carlos Aldunate, que son citados en las páginas que siguen. Sin embargo, aunque hay varias respuestas tanto provenientes de los historiadores como de los antropólogos, creemos que estas cuestiones seguirán siendo temas disputados, porque las fuentes españolas no entregan una versión indígena de lo sucedido en este primer siglo de conquista, ni menos responden en forma directa a nuestras preguntas. Además no nos cabe la menor duda que las «visiones históricas y antropológicas» de los actuales investigadores no siempre coinciden y por lo tanto los documentos escogidos responden a una «interpretación» que, a pesar de los reclamos de objetividad del investigador, dirige la selección de los textos.

¿Cómo surgió en nosotros el problema del gentilicio? Para responder esta pregunta señalemos que hay acuerdo entre los epistemólogos en que el conocimiento científico se origina en la confrontación que se hace entre las interpretaciones (teorías) y los datos (la empiria) que apoyan a aquéllas. Cuando se presentan contradicciones entre los «hechos», los «fenómenos» y las teorías que pretenden explicarlos, surgen los problemas. Pues bien, nosotros, casi siempre, hemos leído y seguimos leyendo que los pueblos aborígenes que se opusieron tenazmente a los conquistadores españoles se llamaron «araucanos» o «mapuches». Este último nombre, además, fue la respuesta que dieron los antropólogos a los historiadores: el vocablo «araucanos» había sido inventado por los españoles; en cambio, el nombre mapuche era el que se dieron, desde siempre, los aborígenes del centro-sur de Chile.

Pero, ¿qué ocurría cuando se estudiaban las fuentes y los escritores del siglo XVI? Aparecía una contradicción entre lo que escribían muchos estudiosos actuales y lo que se leía en las fuentes del siglo XVI: el gentilicio mapuche no se encontraba escrito ni menos identificaba a un pueblo aborigen de aquel siglo.

Así había un problema no resuelto, a pesar de algunos estudios valiosos publicados en los últimos años. Entonces los científicos al responder estas preguntas, relacionadas con nuestros orígenes culturales y étnicos sin hacer la revisión crítica del corpus de fuentes y de textos del siglo XVI, no han logrado resolver los problemas que hemos identificado, ni tampoco las respuestas dadas han obtenido la aprobación mayoritaria, ni menos el consenso, de los especialistas. Las hipótesis e incluso las teorías, no debidamente contrastadas, sólo han contribuido a confundir algunos problemas relaciona-

dos con las etnias del sur de Chile. Y uno de ellos es el que tratamos latamente en la presente contribución científica: la adjudicación de un único nombre étnico (gentilicio) a los aborígenes del siglo XVI.

Otro de nuestros objetivos es conocer lo que los españoles en los primeros decenios de sus conquistas y poblamientos escribieron acerca de las tierras y de los habitantes que intentaron dominar. La revisión de la documentación y de las obras escritas corresponderá en su inmensa mayoría a la del siglo XVI; sólo citaremos algunos textos de los siglos XVII y XVIII en cuanto ellos enriquezcan la información entregada en el primer siglo de conquista. En el fondo, queremos ser contemporáneos de los actores y de las acciones del siglo XVI; aspiramos a contemplar a los hispanos y a los aborígenes, verdaderos autores de las acciones producidas, sabiendo que estos pueblos eran muy desiguales, y que el diálogo entre ellos era muy difícil.

Para terminar esta breve introducción queremos declarar que nuestro estudio sólo pretende incorporar al lector en un tema que está abierto a las interrogantes científicas. Lo hemos precisado gracias a una lectura sistemática efectuada en el año académico 2000. Pudimos hacer esta revisión de fuentes y libros del siglo XVI en parte gracias al tiempo que nos otorgó la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile para investigar, al no ocuparnos en la docencia de pre y post grado. También agradecemos a la Universidad Internacional SEK su apoyo académico y económico.

METODOLOGÍA

La presente investigación, tal como lo acabamos de señalar, se apoya en primer lugar en un estudio de los cronistas del siglo XVI: Jerónimo de Vivar (Gerónimo de Bibar), Alonso de Góngora Marmolejo y Pedro Mariño de Lovera (Lobera); igualmente buscamos información en las cartas de Pedro de Valdivia y en los poemas de Alonso de Ercilla y Zúñiga, de Pedro de Oña y de Diego Arias de Saavedra; también estudiamos la relación de viaje de Diego Ocaña y la obra de Alonso de González de Nájera. Pero la base de nuestra investigación se encuentra en la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile publicada por José Toribio Medina, en la Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional; en los documentos publicados por Claudio Gay, por Diego Barros Arana, etc. En toda esta documentación, especialmente en las informaciones de servicio, en las probanzas de los conquistadores y en los cuestionarios propios de los juicios y pleitos, se dan a conocer los problemas, los conflictos, las aspiraciones, los deseos de los españoles en el medio geográfico y cultural aborigen. Pero, además, en esta documentación institucional o particular, oficial o privada, no sólo se conoce a los autores españoles, sino que hay referencias importantes sobre los otros actores que en algunos casos conviven en paz y, otras veces, en lucha con los invasores españoles.

Otro aspecto de la investigación que nos ha interesado desarrollar, aunque no somos especialistas en ella, es la que se refiere a los temas del léxico de los aborígenes, centrándonos en el estudio del libro del Padre Luis de Valdivia, publicado por primera vez en Lima en 1606, puesto que expone sus conocimientos lingüísticos y culturales obtenidos desde 1593 en el reino de Chile.

Igualmente, varios autores de los siglos XVII y XVIII, cronistas, lingüistas, viajeros, escritores, nos permitirán precisar cuándo aparece y cuándo se generalizan los gentilicios «mapuche», «moluche», «chilenses» y «chilenos». Sobre este tema debemos precisar que la palabra «mapuche» la investigaremos en cuanto ella denomina una sociedad y cultura bien estructurada, con identidad propia, tal como recomienda usarla Ricardo E. Latcham, en la primera década del siglo XX, para los aborígenes del siglo XVI situados entre los ríos Biobío y Toltén.

¿Cuándo comenzó a usarse este etnónimo para denominar a todos los aborígenes del siglo XVI, situados desde Concepción hasta Imperial? ¿Cuándo se generalizó este nombre para denominar, incluso, a todos los aborígenes del centro y sur de Chile, desde Santiago hasta la isla de Chiloé?

¿Qué decir sobre el vocablo «chilcano», que según algunos autores de comienzos del siglo XVII correspondería a la nominación de los aborígenes que se enfrentaron a los españoles? ¿Es éste sólo el producto de un error de una lectura equivocada o corresponde, al menos, a la denominación de una parcialidad indígena? ¿Hasta dónde fueron gentilicios las palabras «chilenses» y «chilenos»?

¿Tiene justificación usar el vocablo «moluche» para nombrar a los naturales que lucharon contra los españoles en el siglo XVI?

Ahora bien, todas estas palabras (araucanos, mapuches, moluches, chilcanos, chilenses, chilenos) ¿deberían ser reemplazadas por el vocablo «reche», sólo porque el padre Luis de Valdivia, en 1606, hace uso de él? ¿Hasta dónde un aborígen de Arauco, de Tucapel o Purén, en el caso de haberse definido como «un hombre sin mezcla», lo hizo teniendo conciencia de pertenecer a un pueblo y una cultura bien delimitada?

Es probable que en un plano metodológico y teórico se plantee la pregunta si a los aborígenes les preocupaba saber cómo se llamaban ellos mismos y si se reconocían bajo una sola denominación. Dicho de otra manera, si los nombres que los identificaban tenían un valor étnico, es decir, si reunían a un conjunto importante de individuos y de tierras bajo un gentilicio común.

Es casi obvio que nuestras preguntas no son las de ellos; sin embargo, nos parece importante dilucidar si los que los conocieron y convivieron con ellos, pacífica o bélicamente, los observaban como un pueblo con una cultura única y propia; como una etnia que tenía creencias, valores, formas de organización social y política, lenguaje, tecnología y economía comunes.

Después de 464 años del primer contacto español-nativo¹, muchos de los que se preocupan de estudiar a los actuales mapuches, han hecho retroceder hasta el siglo XVI el gentilicio «mapuche» y la

¹ En 1546, Valdivia avanza más allá del río Itata a descubrir la provincia de Arauco.

unidad étnica-cultural que conlleva. Incluso algunos especialistas no dudan en llamar «mapuches» a los aborígenes que vivieron entre el río Choapa y el Toltén, y que las fuentes no nominan así. Estos antropólogos, arqueólogos e historiadores han postulado una continuidad cultural directa entre los aborígenes del siglo XVI y las actuales etnias que se denominan «mapuches»². En cambio, Osvaldo F. A. Menghin, aunque reconoce que existe cierta arbitrariedad cuando se usan los nombres de «araucanos» y «mapuches», recomienda mantener el concepto de araucano como gentilicio común y subdividir su fracción chilena para fines históricos en los tres grupos mayores: picunches, mapuches y huilliches, agregando un grupo menor, los cunco³.

Esta situación que se explica por razones diversas (dar valor exagerado al uso de una lengua común; apreciar en demasía algunos restos culturales, para probar un contínuum estilístico a lo largo de 500 años; privilegiar una hipotética estructura antropológica física común; defender derechos étnicos actuales usando la justificación histórica y arqueológica) es la que deseamos poner a prueba mediante una contrastación de las fuentes y textos del siglo XVI.

Por otra parte, es indiscutible que el hacer uso de las fuentes documentales y de los libros escritos en el siglo XVI y en los comienzos del siglo XVII, presenta problemas serios en la interpretación de ellos. Muchas veces los documentos y libros que usan palabras indígenas, los transcriben con errores; en otros casos los textos españoles describen costumbres y creencias de los aborígenes, según las tradiciones y conocimientos de los españoles.

Sin embargo, a pesar de estos problemas y otros que presenta el estudio de los documentos del siglo XVI, los que podemos, en algunos casos, contrastarlos con descripciones etnográficas posteriores, estos textos siguen siendo fundamentales para alcanzar un conocimiento histórico y antropológico.

Tampoco debemos olvidar que metodológicamente es recomendable poner a prueba, allí donde se pueda, lo escrito en el siglo XVI con las informaciones entregadas por las investigaciones arqueológicas, y que se refieren al período agro-alfarero tardío prehispánico y también al período histórico del contacto temprano hispano-indígena (siglo XVI).

Nuestra búsqueda, por último, encuentra sentido no sólo por la investigación misma, por la construcción de respuestas bien apoyadas en las fuentes históricas, sino por las consecuencias que puede tener en otros planos de la realidad social y cultural de nuestro país.

² Carlos Aldunate: «Estadio alfarero en el sur de Chile (500-1800 D.C.)»; en *Culturas de Chile. Prehistoria*; ed. Andrés Bello, 1989. En el capítulo XVI de esta «Prehistoria» escribe: «Desde el siglo XVI en adelante, los datos arqueológicos, interpretados junto con los históricos y etnológicos, permiten postular la presencia de la cultura mapuche»; (p. 329, también en las pp. 334-347 y 348). También otros estudiosos como Horacio Zapater «Parlamentos de paz en la guerra de Arauco, 1612-1626» en *Araucanía, temas de historia fronteriza*. Compiladores S. Villalobos y J. Pinto. Ed. Universitaria de la Frontera, Temuco, Chile; 1985. Holdenis Casanova «El rol del jefe en la sociedad mapuche prehispánica», en *Araucanía*, ob. cit.; Osvaldo Silva «En torno a la estructura social de los mapuches prehispánicos», en *Revista Cultura-Hombre-Sociedad*; vol. 1, N°1, P. U. C. CH., Temuco, 1984.

³ *Estudios de Prehistoria araucana*, Acta Prehistórica; III-IV; pp. 56-57; Buenos Aires, 1959-1960 (1962).

Cualesquiera que sean los problemas que intentamos resolver y los resultados de esta investigación antropológica-histórica, no nos cabe la menor duda que ayudarán a conocer mejor a los habitantes de las tierras sureñas que se enfrentaron en el siglo XVI a los conquistadores españoles.

A LA BÚSQUEDA DE UN NOMBRE

Cuando en enero de 1546 los sesenta españoles, capitaneados por Pedro de Valdivia, y acompañados por cientos de yanaconas e indios de servicios de la región de Santiago, avanzaron, por primera vez, por tierras desconocidas, más allá del río Itata, comenzaron a conocer un mundo étnico y cultural con muchos rasgos diferentes al que habían frecuentado. Eran miles de aborígenes que, como lo escribió Pedro de Valdivia, muy ordenados, «como tudescos» se enfrentaron a los invasores obligándolos a retirarse a Santiago. Tanto Valdivia como el cronista Vivar no le dan nombre a estos guerreros, pero en sus narraciones avanzaron caracterizaciones y datos muy interesantes, como veremos más adelante.

Es un hecho probado que, años más tarde, Alonso de Ercilla y Zúñiga en su poema épico «La Araucana», publicada su primera parte en Madrid en 1569, llamó a los aborígenes que se enfrentaron a los españoles especialmente en «el estado de Arauco», con el gentilicio «araucanos». Sin embargo, la aceptación de este nombre fue lenta y la gran mayoría de los informes, de las relaciones, de las cartas, etc., no lo usaron. A pesar de lo anterior hay algunas excepciones a fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, tales como el informe del Sargento Mayor Miguel de Olaverría (Olavarría), quien en 1594 escribió sobre los indios del estado de Arauco, llamándolos «araucanos»⁴.

⁴ Claudio Gay: *Historia Física y Política de Chile. Documentos*; tomo segundo; pp. 13-54. París; Chile, 1852.

Igualmente, fray Diego de Ocaña en su relato del viaje que hizo a Chile en 1600 escribió que «los araucanos mataron al gobernador Pedro de Valdivia»⁵.

Pero para conocer con exactitud las denominaciones étnicas más antiguas iniciaremos nuestra indagación, revisando lo que escribieron los primeros testigos de los contactos de españoles y aborígenes, incluyendo crónicas, cartas y diferentes tipos de documentos de los primeros decenios de la conquista.

Como lo hemos adelantado, el primer contacto entre conquistadores y aborígenes del sur ocurrió en 1546, a pesar de la información que entregó el cronista Pedro Mariño de Lobera (Lobera), quien escribió que en 1541 el capitán Pedro de Valdivia llegó al valle de Andalién⁶. Este viaje exploratorio de Valdivia hacia el sur del río Maule, fue anunciado en su carta del 20 de agosto de 1545, dirigida a Gonzalo Pizarro, en donde escribe: «poblaré en la Provincia de Rauco, que es veinte leguas de allí».⁷ A su vez el cronista Jerónimo de Vivar en su «*Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*»⁸, terminada de escribir en 1558, relató que pasado el río Itata «los vinieron acometer cierta cantidad de gente y eran tan salvajes que se venían a los españoles pensando tomarlos a manos». A los pocos días volvieron a atacar a los españoles «estando en su escuadrón cerrado los indios tan fuertes como si fueran tudescos». Llegado a los ríos Andalién y Biobío, Valdivia se vio obligado a abandonar el lugar y regresar al norte, a Santiago, puesto que «más de treinta mil indios» lo iban a atacar.

Como lo hemos probado⁹ el cronista conoció la información entregada por Valdivia, especialmente las cartas fechadas en 1550 y 1551, y se apoyó en ellas, como en otros informes y relatos, sobre todo para dar a conocer los sucesos que él no presenció, puesto que sólo entró al reino de Chile en 1549.

Aunque Pedro de Valdivia había hecho mención de la provincia de Rauco y de las provincias de Arauco en cartas fechadas el 20 de agosto y el 4 de septiembre de 1545¹⁰, éstas no son las primeras referencias a los nombres de Rauco y de Arauco. En 1541, en el acta del Cabildo de Santiago del 7 de agosto, aparece el nombramiento de Alonso de Monroy como teniente general de gobernador y capitán, y se describen los reinos de la Nueva Extremadura «que comienza del valle de la Posesión, que en lengua de indios se llama Copiapó, con el valle de Coquimbo, Chile, y Mapocho,

⁵ *A través de la América del Sur. Viaje a Chile*; p. 35, Editorial Universitaria; Santiago de Chile, 1995.

⁶ *Crónica del Reino de Chile* escrita por el capitán Don Pero Mariño de Lobera. Reducida a nuevo método y estilo por el padre Bartolomé de Escobar, de la Compañía de Jesús. Libro primero, cap. XVII; pp. 66-67. C.H.Ch; tomo VI, Santiago, 1865.

⁷ Pedro de Valdivia. *Cartas de Relación de la Conquista de Chile*. Edición crítica de Mario Ferrecio Podestá; p. 24. Editorial Universitaria; Santiago de Chile, 1970. Según Valdivia, la provincia de Rauco está a 20 leguas del río Maule y, por lo tanto, a 60 leguas del valle del Mapocho.

⁸ Edición de Angel Barral Gómez. *Crónicas de América* 41; Historia 16; capítulos LXV y LXVI, pp. 179-180-181 y 182.

⁹ Mario Orellana R., *Gerónimo de Bibar y la conquista de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1988.

¹⁰ Pedro de Valdivia; ob. cit. Carta a Hernando de Pizarro del 4 de septiembre: «También envié a las provincias de Arauco por tierra a Francisco de Villagra», p. 66.

y provincias de Poromocoes, Rauco y Quiriquiro»¹¹. También en este mismo año se vuelve a mencionar a Rauco como provincia en el acta del 11 de agosto. Posteriormente, en 1544, en el poder que le confirió Pedro de Valdivia a Juan Bautista Pastene se mencionó varias veces a la provincia de Rabco o de Rauco¹².

Siguiendo con la búsqueda del nombre de Rauco-Arauco, recordemos que de vuelta de su viaje exploratorio al sur, el gobernador Valdivia ordenó pregonar el 12 de abril de 1546 un bando en donde se lee: «sepan todos los vecinos y moradores de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo que cuando el mui magnífico señor Pedro de Valdivia, electo gobernador y capitán jeneral en nombre de S.M., salió de esta ciudad para ir a descubrir y poblar la provincia de Arauco...»¹³.

Este conocimiento de las palabras Rabco-Rauco-Arauco debió ser obtenido por los españoles a través de los aborígenes de Chile central, del Mapocho, del Maipo y del Maule, los que aconsejaron a los españoles a explorar hacia las ricas tierras de Rauco, de ir «a - Rauco». Además en 1549, Pedro de Valdivia recuerda que Juan Bautista Pastene, de regreso del viaje de reconocimiento que hizo en Septiembre de 1544, le trajo «lenguas por donde me informé de la tierra que había»¹⁴.

En enero de 1550 volvió Pedro de Valdivia a la provincia de Arauco a fundar una ciudad y a «dar de comer» a sus compañeros, es decir a repartirles indios (sistema de encomienda). En esta ocasión Jerónimo de Vivar lo acompañó y escribió en su Crónica ya citada los encuentros bélicos y la fundación de la ciudad de Concepción. Junto al río Andalién y muy cerca del río Biobío, alrededor de 180 españoles y varios cientos de yanaconas e indios de servicio se enfrentaron a miles de nativos que fueron dirigidos por Ainavillo, «hombre belicoso y guerrero». Luego de este enfrentamiento y en menos de un mes volvieron los aborígenes de la región de Arauco y sus alrededores a atacar a los españoles y Vivar escribió que «la gente más belicosa era la de Arauco y de más cantidad»¹⁵. Según Vivar, el hábitat de estos aborígenes «es desde el río Itata hasta el río Cautén»; aunque, a veces, situó el límite sur en el río Toltén. Entonces toda esta extensión de tierras de norte a sur es alrededor de 68 leguas¹⁶. Según el cronista citado, todos estos aborígenes son «de una costumbre», todos hablan una lengua, incluso hasta la comarca de Santiago, y se diferencian un poco de los que viven al sur del río Toltén. Además estos aborígenes de la provincia de Concepción «son muy grandes labradores y cultivan muy bien la tierra»¹⁷.

Alonso de Góngora Marmolejo, cronista contemporáneo del gobernador Valdivia, que terminó de escribir su crónica en 1575, resaltó también la importancia de Arauco y sus habitantes. Así escribió

¹¹ C.H.CH. Tomo I, Primer libro de actas del Cabildo de Santiago (1541-1557); p. 59. Santiago, 1861.

¹² Claudio Gay, ob. cit. *Documentos*, tomo primero; pp. 35-36-37-41 y 47.

¹³ C.H.CH., ob. cit., pp. 602-603.

¹⁴ Barros Arana. *Obras Completas*. Tomo VII, p. 426. Santiago de Chile, 1909.

¹⁵ *Crónica*, ob. cit., cap. XCVII, p. 248.

¹⁶ La legua española equivale a 5.572 metros.

¹⁷ *Crónica*, ob. cit.; cap. CIII, p. 262.

que Valdivia mandó «al capitán Jerónimo de Alderete que con ochenta soldados a caballo fuese a descubrir la provincia de Arauco, que es lo más principal de todo el reino y de más gente... Llegado a Arauco, que es dos jornadas de la Concepción, vido tantos pueblos de naturales y tan poblada la provincia, que no osó pasar adelante más de ver el principio»¹⁸.

A propósito de lo que escribió el cronista, en una información de méritos y servicios del capitán Francisco de Riberos, hecha en Santiago en 1563, se presentó el pliego e interrogatorio de preguntas; pues bien, en la pregunta 34 se lee, si saben «que llegado el dicho general Jerónimo de Alderete a las dichas provincias de Arauco, vistose entre tanta multitud de gentes, que si los indios cayeran en tomar los pasos como hacen agora, no pudiendo escapar ninguno, porque era tanta la gente que todos los campos y cerros eran una chácara»¹⁹. Esta pregunta, que resume bien lo que se conocía de las tierras de Arauco, no sólo coincide con Góngora Marmolejo sino con lo que escribió el gobernador Pedro de Valdivia al rey de España en su carta de 1551, y que citaremos más adelante.

También en el primer libro de actas del Cabildo de Santiago (1541-1557), que hemos consultado, hay otras citas sobre Arauco. Así por ejemplo, el 9 de enero de 1553, al darse a conocer la provisión de teniente de gobernador para Rodrigo de Quiroga, se informó que Valdivia está «conquistando y poblando en nombre de S.M. estas provincias de Arauco, por dar de comer en ellas a los vasallos de S.M....»²⁰. Igualmente al saberse la muerte de Valdivia y de otros españoles, el acta del 11 de enero de 1554 deja constancia «que los mataron los indios en el alzamiento que ahora se ha hecho en las provincias de Arauco, adonde el dicho señor gobernador estaba....»²¹.

Insistiendo en la importancia que le daban los españoles a los indígenas de Arauco se lee en el acta del 13 de enero de 1556, a propósito de un nuevo alzamiento: «y de nuevo ahora se tiene por nueva de indios, que los naturales de Arauco hacen junta de gente para ir sobre la ciudad de Imperial.»²².

El uso del nombre de Arauco está generalizado para denominar las tierras hasta el río Cautín. Así, Francisco de Villagrán, en 1554, declaraba que «el gobernador Pedro de Valdivia, difunto, de buena memoria, me dio i encomendó en nombre de su Majestad, en las dichas provincias de Arauco, los lebos e caciques i principales e indios ... que todos pueden ser cantidad de diez mill indios de visitación, e tienen sus tierras e asiento en la isla que el dicho gobernador a mí me dio e encomendó en nombre de su Majestad que es en el río Cayten»²³. Esta encomienda de Villagrán

¹⁸ *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que han gobernado (1536-1575)*; cap. XIII, p. 99. Editorial de la U. de Chile. Santiago de Chile, 1990.

¹⁹ J. T. Medina. C. D. I., tomo XVII, p. 112. Santiago de Chile. Imprenta Elzeviriana. 1899.

²⁰ C.H.CH., tomo I; ob. cit., p. 335.

²¹ C.H.CH., tomo I; ob. cit., pp. 374-375.

²² C.H.CH., tomo I; ob. cit., p. 508.

²³ J. T. Medina. C.D.I., tomo XX, p. 292, Santiago de Chile, 1900. Imprenta Elzeviriana. También en Domingo Amunátegui Solar, *Las encomiendas indígenas de Chile*, tomo II, pp. 30-31, Santiago de Chile, 1910.

estaba situada entre los ríos Cautín y Toltén, conocida también como la «isla de Maquehua o de Villagrán».

A propósito del tema de las encomiendas nos detendremos en algunos documentos que sitúan a Arauco dentro de la encomienda de Pedro de Valdivia, además de comenzar a conocer cómo se denominaban las parcialidades de estos aborígenes, tema que trataremos más adelante en profundidad.

En 1562, en uno de los muchos escritos relacionados con la petición que hizo doña Marina Ortiz de Gaete de reclamar los indígenas de su difunto esposo, el gobernador Valdivia, se especificó que en la provincia de Arauco «habría cinco mil indios» y que «es la parte que el gobernador don Pedro de Valdivia señaló en nombre de V.M. para sí por feudo y encomienda». Este repartimiento está bien definido por una resolución real que se fechó en Toledo en el año de 1560: «eran los lebos de Andalién, Arauco, Talcahuano y Aquelpangue, Arana, Penguervera, Millarapue, Llavapí y Quedico y otros contenidos é declarados en la provisión de encomienda»²⁴.

A su vez, Pedro de Villagra, gobernador interino, en 1563 informó al rey que «el gobernador Pedro de Valdivia, por comisión que tuvo por V.M. tomó por feudo de sus méritos la provincia de Arauco en encomienda, que á la sazón había muchos indios, é después acá, con las guerras é otras calamidades, habrían quedado casi cuatro mill indios, en los cuales, por su fin y muerte, ha subcedido su mujer doña Marina Ortiz de Gaete»²⁵. Así, según este texto, aunque Arauco es sólo una parte de la gran encomienda de Valdivia, se incluye en el nombre de Arauco a todos los lebos situados de Norte a Sur entre Talcahuano y Quidico, y de Oeste a Este, entre la costa y la cordillera de Nahuelbuta. Como dice Olaverría, algunos años más tarde, los aborígenes son «los indios del estado», es decir, de la encomienda de Valdivia, que tiene 25 leguas de Norte a Sur y 6 a 8 leguas de Oeste a Este.

En este mismo informe se precisa muy bien la relación entre «estado» y «encomienda»: «Desde este río de Biobío siguen las provincias de Talcamávida, Laucamilla y Catiray, Marigueño y lo que dicen Angol el Viejo, Andalican, Arauco que está sobre la mar, la provincia de Tucapel que por la costa llega con sus parcialidades asta junto a la Imperial y la provincia de Purén que está pegado a las referidas en este capítulo sobre el camino real y en medio de las ciudades de Angol y la Imperial, y todas estas dichas provincias así señaladas y nombradas el estado por ocasión de averlas encomendado en sí el gobernador Valdivia la mayor parte de ellas llamándolas el estado parecen que están en un sitio y círculo oval porque por una parte la ciñe el gran río de Biobío y por otra la mar y por la otra parte el llano y camino real estando por esta parte desviados, de los moradores de la Cordillera nevada y por la parte de la Imperial otro río grande de modo que conocidamente están separados y demostrados de los demás indios»²⁶. Agreguemos que varios documentos, en años anteriores, habían

²⁴ J. T. Medina, C.D.I., tomo XXIX, p. 9 y 11. Santiago de Chile, 1901.

²⁵ J. T. Medina, C.D.I., tomo XXIX, ob. cit., p. 16.

²⁶ Claudio Gay, ob. cit. *Documentos*, tomo segundo, p. 20.

usado la palabra «estado». Así en mayo de 1569, el gobernador Bravo de Saravia escribió que Arauco y Tucapel eran llamados el estado²⁷. Años antes, en enero de 1564, el capitán Juan Pérez de Zurita al informar al cabildo de Santiago sobre la crítica situación que vivían los españoles escribió: «la tierra está a punto de ser perdida... porque la tierra está sobre ellos, así los del estado como los de los cerros»²⁸. Doce años atrás, en 1552, el Cabildo de Villarrica se dirigió al Rey apoyando las mercedes solicitadas por el gobernador Valdivia: «y le haga merced conforme a sus servicios y deseos con la concesión del estado y título que V.M. suele dar a los que bien y lealmente han servido y sirven»²⁹. Recordemos a propósito de esta cita que Valdivia en sus «Instrucciones», fechadas el 15 de octubre de 1550, había pedido al Rey que «sea servido de me hacer merced de la ochava parte de la tierra que tengo conquistada é poblada é descubierta, descubriere é conquistare andando el tiempo perpetua para mí e para mis descendientes, e que la pueda tomar en la parte que me pareciere con el título que su M. fuere servido de me hacer merced con ella». Además en la parte final de sus «Instrucciones» suplica al Rey «que por cuanto esta tierra es poderosa de jente y bilicosa y la población della es a la costa, e para la guardia de sus reales vasallos, sea servido de me dar licencia que pueda fundar tres o cuatro fortalezas en las partes que a mí me pareciere convenir desde aquí al Estrecho de Magallanes»³⁰.

Como es bien sabido, Valdivia, sin esperar respuesta favorable de la Corte, ordenó, por razones militares, construir las casas (fortalezas) de Arauco, Tucapel y Purén, además de otras más pequeñas. Así la casa de Arauco fue construida en la parte norte de la encomienda de Valdivia, en 1551. Ahora bien, el término de feudo y las relaciones feudales se comienzan a entender en el territorio de Valdivia cuando conocemos lo que escribió Cristóbal Pérez, encargado del fuerte de Arauco, a su padre, el 20 de octubre de 1551, con relación al poder que se le había conferido: «porque el gobernador desta tierra me tiene muy buena voluntad y me ha hecho su mayordomo y alcaide de una casa fuerte que se llama Arauco, con toda la demás tierra que él tiene por aquí, que naide tenga que hacer conmigo que no los castigue y queme los caciques indios que lo mereciesen, y que oro que sacasen los indios que yo lo tenga en mi poder. Tengo debajo de mi mano seis hombres de a caballo para guardar esta casa: es cargo honroso y muy provechoso, no embargante que el Gobernador me dará indios porque yo soy conquistador y descubridor desta tierra, y ya me lo tiene mandado para cuando haga el repartimiento de la tierra»³¹. A este Cristóbal Pérez el gobernador le entregó una encomienda el 6 de

²⁷ Claudio Gay, ob. cit., pp. 102 y 104 «yo hize jeneral de la gente que estaba en el estado de Arauco y Tucapel a Martin Ruiz de Gamboa».

²⁸ J. T. Medina. C.D.I., tomo XXIX, p. 355. También publicada por C. Gay en ob. cit. *Documentos*, tomo primero, pp. 231-236.

²⁹ D. Barros Arana. *Obras Completas*, tomo VII, p. 287, ob. cit.

³⁰ Pedro de Valdivia, ob. cit., pp. 113, 114 y 115.

³¹ Carta transcrita por Juan Mujica de la Fuente: *Introducción a la Historia de Arauco* en B. A. CH. H. Año VII - N°14, pp. 117-119. 1940.

mayo de 1552³². A su vez, los fuertes de Tucapel y Purén se habían construido, según Thayer Ojeda, entre septiembre y octubre de 1553³³.

A propósito de la palabra «estado», el cronista Mariño de Lovera recordó en su Crónica que fue Jerónimo de Alderete quien comparó las tierras situadas entre el río Biobío y el Cautín con los estados de Flandes y Alemania. Entonces el gobernador Valdivia, al conocer el comentario de su amigo «dijo él así: llámense los estados de Arauco y Tucapel y con este nombre se han quedado hasta oí»³⁴. Según el mismo Lovera, Valdivia aspiraba al título de Marqués, y así los estados de Arauco y Tucapel, que eran lo mejor del reino, los pondría «en su cabeza» y fundaría en ellos su marquisado³⁵.

Lovera es uno de los capitanes y escritor que conoció bien lo que aconteció desde 1551 en adelante, puesto que vivió muchos años en el sur de Chile y por lo tanto fue contemporáneo de los primeros gobernadores. Por esta razón es importante conocer el uso que hizo del gentilicio «araucanos». En primer lugar recordemos que escribió en diferentes capítulos de su Crónica sobre los estados de Arauco y Tucapel, sobre la gente araucana y tucapelina; pero lo más importante fue cuando delimitó geográficamente a los araucanos en relación con los aborígenes de Osorno. Estos últimos jamás se han rebelado contra los españoles «porque los que han acudido a la guerra han salido de sus tierras yendo en socorro de los araucanos, que están mui lejos de este sitio»³⁶.

Siempre continuando con los temas que estamos abordando, recordemos que entre las muchas comunicaciones que se mandaron al Perú informando la muerte de Valdivia tenemos una carta, sin firma ni fecha, que dio a conocer Claudio Gay. Leyéndola podemos asegurar que ella se escribió antes de que se produjese la derrota de Francisco de Villagrán, el 26 de febrero de 1554. En ella se informó que Valdivia «salió de la Concepción cinco o seis días antes de Navidad a sus indios llamados el su estado, en el que dicen que tenía cien mil indios en doce leguas de la costa arriba»³⁷.

Cuando se publicó la primera parte de «La Araucana», las denominaciones de «estado», «indios del estado», «estado de Arauco», Rabco, Rauco y Arauco, «indios de Arauco», «naturales de Arauco», «provincia o provincias de Arauco» ya se conocían muchos años atrás, algunas de ellas desde 1541. El cronista Alonso de Góngora Marmolejo, en la primera mitad de la década de 1570 mencionó en su dedicatoria a don Alonso de Arcila, «caballero que en este reino estuvo poco tiempo

³² J. T. Medina. C.D.I., tomo IX, pp. 406, 407 y 412. Thomas Thayer Ojeda en *Los Conquistadores de Chile*; Anales de la Universidad de Chile, tomo CXXV, p. 1044 escribió: «Octubre 20. En esta fecha ya aparece fundado el fuerte de Arauco, siendo alcalde Cristobal Perez». Sabemos que Cristóbal Pérez de Bravo llegó a Chile en 1549 y en 1552, Valdivia le hizo merced «del lebo de Cuyunreva i Celolelo, en la jurisdicción de la Imperial (C.D.I.; tomo XI, p.37)

³³ *Los Conquistadores de Chile*, ob. cit., p. 1047. Sin embargo, Francisco Solano Asta-Buruaga en su *Diccionario Geográfico de la República de Chile*, p. 846 escribe: «que la casa fuerte de Tucapel fue construida en 1552. Santiago de Chile, 1899.

³⁴ P. Mariño de Lovera; ob. cit., cap. XXXIV, p. 125.

³⁵ P. Mariño de Lovera, ob. cit., p. 127.

³⁶ P. Mariño de Lovera, ob. cit., Libro segundo, cap. X, p. 232.

³⁷ Claudio Gay; ob. cit., *Documentos*, tomo segundo; pp. 176-178.

en compañía de don García de Mendoza, escribió algunas cosas acaecidas en su Araucana, intitulado su obra el nombre de la provincia de Arauco»³⁸.

En relación al tema de los nombres que dieron los españoles a los aborígenes de las provincias de Concepción e Imperial, también el poema *La Araucana*, en su canto IX, nos entrega el nombre de un «varón señalado» llamado «Chilcano» o «Chilcan», que es el lonco de un linaje, puesto que tres cantos más adelante, en el XII, el poeta canta que:

*«por los dos puentes, a la voz caladas,
salieron a caballo seis chilcanos»*

Algunos años más tarde en el poema «*Purén Indómito*», de 1603, vuelve a aparecer este vocablo cuando se escribe:

*«Son los purenes gente belicosa
y cabeza de todos los chilcanos»³⁹*

La transformación del vocablo chilcano, de nombrar a un lonco y a su linaje a nominar a una etnia completa, se comprueba en el poema «*La Guerra de Chile*», de autor desconocido hasta el presente, y escrita en la década de 1620, cuando se escribió:

*«tras éste vino a prueba don García
de la braveza indómita chilcana»*

y más adelante, en el poema se lee:

*«¡Oh!, américos soldados, bien parece,
según amenazáis a los chilcanos!»⁴⁰*

Hacia 1634, el cronista Luis Tribaldo de Toledo, mencionó muchas veces el nombre «chilcanos». Para él, todos los aborígenes que luchan contra los españoles son «una nación tan valerosa»; y entre éstos sobresalen los Promaucaes, los Araucanos, los Purenes, y los Pencones⁴¹.

³⁸ Alonso de Gongora Marmolejo, ob. cit., p. 70.

³⁹ Diego Arias de Saavedra: *Purén Indómito*. Canto primero, p. 138. Biblioteca Antigua Chilena, Seminario de Filología Hispánica. Concepción, 1984.

⁴⁰ Anónimo: *La Guerra de Chile*. Canto I, p. 119; Canto V, p. 240; Biblioteca Antigua Chilena. Santiago de Chile, 1996.

⁴¹ *Vista jeneral de las continuadas guerras: difícil conquista del gran Reyno, provincias de Chile*; pp. 12-15-17-19-20-21 y 22. C. H. CH., tomo IV, Santiago, 1864.

Comenta el historiador José Miguel Barros⁴² que cabría pensar, como lo hizo Rodolfo Lenz, que se trataba de un error de un copista que transformó «chileanos» en «chilcanos». Pero nos parece más probable, como lo escribió el filólogo Mario Ferreccio⁴³, que se trate de un gentilicio que no ha prevalecido. Sobre todo, si tomamos en cuenta que desde Alonso de Ercilla hasta Tribaldo de Toledo se mantuvo el nombre de «chilcano», podemos hipotetizar que no se trata de un error de un copista, sino la construcción de un etnónimo que fue abandonado por los autores españoles, los cuales prefirieron el de «araucanos».

En relación a las palabras chileanos y chilcanos, preguntémosnos por el uso que hicieron varios autores de los vocablos chilenses y chilenos. Éstos, indudablemente, se derivan de la palabra chile (chili y chilli), que fue desde muy temprano escrita en los textos del siglo XVI para mencionar los territorios situados al sur del desierto de Atacama, y en particular para nombrar al valle de «Anconcagua» situado al norte del Mapocho.

Sin embargo, este topónimo sufrió descrédito después de la expedición de Diego de Almagro (1536), por lo que el conquistador Pedro de Valdivia intentó olvidarlo llamando a las tierras descubiertas «Nueva Extremadura».

Con todo, fueron los propios españoles los que continuaron llamándolas reino o provincia de Chile. Así, por ejemplo, los cronistas Vivar (1558), Góngora Marmolejo (1575) y Lovera (1594) escribieron sobre los reinos o el reino de Chile. Igualmente, los poetas épicos, cuyo modelo fue Alonso de Ercilla y Zúñiga (1569), describieron a la provincia de Chile; y el padre Luis de Valdivia a comienzos del siglo XVII escribió un tratado sobre la lengua del reino de Chilli.

El uso de la palabra Chile continuó entre los historiadores a lo largo de los siglos venideros, siendo el padre Diego de Rosales quien en 1674 escribió «los indios en su lengua, siempre nombran este Reyno con esta palabra: Chilli: y assí dicen Chilli-dugu, que significa la lengua de Chile, y Chilli-mapu, que quiere decir la tierra de Chile»⁴⁴.

Sus habitantes originarios fueron nominados por algunos autores chilenos, chilenos, o simplemente «indios de Chile».

Ya a fines del siglo XVI, el cronista Mariño de Lovera hizo uso de los vocablos: «chilenses», «riqueza chilense», «nombre chilense», «bárbaro chilense»⁴⁵. Por su parte, fray Diego de Ocaña, en su viaje por Chile, efectuado en 1600, al dibujar a la «bella Guacolda» escribió: «traje de las chilenas desde Coquimbo hasta el valle de Arauco»⁴⁶.

⁴² José Miguel Barros Franco: «Incurción historiográfica en la Guerra de Chile», p. 57; en *La Guerra de Chile*, ob. cit.

⁴³ Mario Ferreccio Podesta, p. 119, nota 61 b, en *La Guerra de Chile*; ob. cit.

⁴⁴ Diego de Rosales, *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*; libro segundo; cap. I; p. 175. Ed. Andrés Bello; Santiago de Chile, 1989.

⁴⁵ Mariño de Lovera, ob. cit. Parte 2^a, cap. IX, p. 40; cap. XXXIV, p. 125; Parte 3^a, cap. XLI, pp. 148 y 149.

⁴⁶ Diego de Ocaña, ob. cit.; lámina 15, p. 75.

También, en 1614, Alonso González de Nájera, en su *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, mencionó a los indígenas como «indios de Chile» o «los de Chile». En cambio, los jesuitas Alonso de Ovalle, en 1646, en su *Histórica relación del reino de Chile* y Diego Rosales, en su *Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano*, llamaron a los «indios de Chile», «chilenos», haciendo uso de un gentilicio general que comprendía a todos los nativos de la Gobernación de Chile.

Ya en pleno siglo XVIII el padre Miguel de Olivares, en 1767, en su *Historia militar, civil y sagrada del reino de Chile*, usa, una y otra vez, el nombre de «indios chilenos», de «famosos chilenos», etc.

Igualmente lo hace el abate Ignacio de Molina, en 1787, en su *Compendio de la historia civil del reino de Chile*, dividiéndolos en 15 tribus o pueblos independientes entre sí: Copiapinos, Coquimbanos, Quillotanos, Mapochinos, Promaucaes, Cures, Cauques, Pencones, Araucanos, Cuncos, Chilotes, Chiquillanes, Pehuenches, Puelches y Guilliches.⁴⁷

El último cronista del siglo XVIII, el capitán de dragones Vicente Carvallo y Goyeneche, en su *Descripción histórico-jeográfica del reino de Chile* (1796), usa muchas veces el gentilicio «chilenos» como los anteriores autores.

Hecha esta somera revisión debería quedar en claro que el uso de los nombres chilenos y chilenos no impidió a ningún autor mencionar a los distintos grupos de aborígenes por el nombre de sus loncos o por el nombre del territorio que ocupaban. Además, es posible que la utilización de estas nominaciones tan generales (chilenses, indios chilenos) conlleven una interpretación de unidad étnica y cultural a lo largo del territorio chileno, o por lo menos en el territorio del estado de Arauco. Así, esta hipótesis nos lleva a tratar sucesivamente los temas de la posible unidad cultural y de la existencia de estructuras sociales comunes.

⁴⁷ C. H. CH. Tomo XXVI; libro primero; cap. II, p. 113. Santiago de Chile, 1901.

¿UNA CULTURA, UN PUEBLO?

A pesar que el gentilicio «araucanos» se generalizó en el siglo XVII, nos queda la impresión que ya en el siglo XVI tanto Valdivia como Vivar nos entregaron los argumentos antropológicos más sólidos para considerar a los aborígenes que pertenecieron a la encomienda del Gobernador, a los «indios del estado», formando parte de una unidad cultural y étnica.

En 1551, Valdivia caracterizó a los aborígenes de Arauco, Tucapel y Purén, hasta el río Cautín, de la siguiente manera:

«Lo que puedo decir con verdad de la bondad de esta tierra es que cuantos vasallos de vuestra Majestad están en ella y han visto la Nueva España dicen son mucho mas cantidad la gente que la de allá; es toda un pueblo e una simentera y una mina de oro, y si las casas no se ponen una sobre otras, no pueden caber en ella más de las que tienen; próspera del ganado como lo del Perú, con una lana que le arrastra por el suelo; abundosa de todos los mantenimientos que siembran los indios para su sustentación, así como maiz, papas, quinoa, mare, ají y frisoles. La gente es crecida, doméstica y amigable y blanca y de lindos rostros, así hombres como mujeres; vestidos todo de lana a su modo, aunque los vestidos son algo groseros; tienen muy gran temor

a los caballos, aman en demasía los hijos e mujeres y las casas las cuales tienen muy bien hechas y fuertes, con grandes tablazones, y muchas muy grandes, y de dos, cuatro y ocho puertas; tiénenlas llenas de todo género de comida y de lana; tienen muchas y muy pulidas vasijas de barro y de madera; son grandes labradores, y tan grandes bebedores; el derecho dellos está en las armas, y así las tienen todas en sus casas y muy a punto para se defender de sus vecinos y ofender al que menos puede. Es de muy lindo temple la tierra y que se darán en ella todo género de plantas de España mejor que allá. Esto es lo que hasta ahora hemos reconocido desta gente»⁴⁸.

Dejando de lado todo el entusiasmo exagerado y calculado de Valdivia, que tenía como objetivo convencer a las autoridades de la Corte de que enviaran más gente y ayuda de cualquier tipo, nos parece que esta breve descripción «etnográfica» refuerza nuestra hipótesis de que los españoles estaban explorando y poblando una región y un pueblo, a lo largo de aproximados 150 kilómetros, que poseía una unidad climática y cultural. Estas tierras, principalmente situadas cerca de la costa se las adjudicó, en su mayoría, como encomienda el gobernador Valdivia. Desde 1550 los españoles le dieron diferentes nombres: «estado», «estado de Arauco y Tucapel», «feudo y encomienda», «provincia de Arauco», etc.

También Vivar entregó una descripción más lata de las tierras de Arauco hasta el río Cautín, y de sus habitantes. Desde el valle de Itata «llueve más y los vientos son muy furiosos. No es de regadío y los bastimentos se crían con el agua que reciben de invierno». Siguiendo con su caracterización de la tierra señaló que la cordillera nevada «va montuosa de muy grandes árboles», y que hay otra «cordillera pequeña», que va paralela a la mar y que tiene grandes árboles y especialmente uno muy alto «a manera de pino», que tiene ramas sólo en la copa y rica en frutos llamados piñones, que los indios comen cocidos. Igualmente mencionó la presencia de la frutilla, con la que se hacía un brebaje para beber «y pasada imita a higos». En toda esta región de Concepción se da mucho trigo y cebada «y los naturales tienen maíz y frisoles y papas y una hierba a manera de avena, que es buen mantenimiento para ellos. Son muy grandes labradores y cultivan muy bien la tierra»⁴⁹.

Estos agricultores, y agreguemos nosotros pescadores, fueron vistos también como guerreros. Así en un capítulo especial Vivar observa, en primer lugar, que desde antiguo tuvieron guerras unas parcialidades contra otras, «unos señores contra otros». Describió sus escuadrones de guerras con armaduras de cuero, con celadas en las cabezas, con sus adornos de cabezas de animales, sus plumajes; sus armas, que son picas de madera muy recias de 20 a 25 palmos, que llevan en sus puntas unos hierros de cobre; astas largas, unas con hachas de pedernal, otras con mazas en forma de manzana;

⁴⁸ Pedro de Valdivia, *Cartas*, ob. cit., pp. 171-172.

⁴⁹ Vivar, ob. cit., cap. CIII, pp. 261-262.

garrotes que arrojan; varas largas que llevan lazos confeccionados con plantas de tallos largos, flexibles y muy resistentes («los bejucos»). Estos lazos desmontaban a los españoles, siendo de invención reciente (década de 1550) puesto que «en la conquista pasada no se aprovecharon de ellos». Es decir cuando en 1546, Valdivia hizo su expedición exploratoria a la provincia de Arauco, estas armas no existían. Por último nuestro cronista hizo mención de los escuadrones de flecheros y los comparó con los escuadrones españoles de arcabuceros. El capítulo que hemos resumido termina con una observación muy interesante, que nos recuerda el método comparativo antropológico: «me parece a mí en los ardidés que tienen en la guerra y orden y manera de pelear, ser como españoles cuando eran conquistados por los romanos y así están en los grados y altura de nuestra España»⁵⁰.

El capítulo en referencia hace otra mención importante: «lo que más temen son arcabuces y artillería». Esta información nos sirve para saber cuándo el cronista está escribiendo, puesto que el uso de la «artillería» comenzó en 1553⁵¹. En un siguiente capítulo se describen las costumbres y ceremonias «de la gente de la provincia de la ciudad de Concepción»⁵². Este texto es de gran valor etnográfico y nos informa sobre algunos rasgos de la organización social y política que, como hemos escrito, trataremos en un capítulo aparte.

Por ahora enfatizamos que se refiere a los aborígenes, todos «gente muy belicosa», de Concepción. Estos tienen una misma lengua, y ésta, incluso se habla en la provincia de Santiago. Esta información entregada por Vivar en la década de 1550 debe ser comentada por nosotros. En primer lugar recordemos que varios autores de fines del siglo XVI y comienzos del XVII señalaron que sólo había una lengua en el reino de Chile. Sobre todo el padre Luis de Valdivia, en 1606, en su «*Arte y Gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile*» afirmó que «en todo el Reyno de Chile no ay más de esta lengua que corre desde la Ciudad de Coquimbo, y sus términos, hasta las Islas de Chilue y más adelante, por espacio casi quatrocientos leguas de Norte a Sur que es la longitud del Reyno de Chile, y desde el pie de la Cordillera grande nevada, hasta la mar, que es el ancho de aquel Reyno, por espacio de veinte leguas: porque aunque en diversas Provincias destos Indios ay algunos vocablos diferentes, pero no son todos los nombres, verbos, y adverbios diversos, y así los preceptos, y reglas desta Arte son generales para todas las Provincias»⁵³.

Igualmente en 1614, Alonso González de Nájera escribió «tienen todos una misma lengua, aunque varían algo en ella y en la pronunciación, según las diferencias de sus provincias»⁵⁴. Sin embar-

⁵⁰ Vivar, ob. cit., cap. CIV, pp. 263-265.

⁵¹ A pesar de que el cronista Lovera la hace intervenir desde 1550. En verdad, los primeros cañoncitos («culebrinas») fueron enviados por el cabildo de Lima y se usaron en la batalla de Marihuenu, en febrero de 1554.

⁵² Vivar, ob. cit., cap. CV; pp. 265-268.

⁵³ Luis de Valdivia, *Arte y Gramática General de la Lengua que corre en todo el Reyno de Chile, con un Vocabulario y Confesionario*. «Al lector». Hemos consultado la edición de Sevilla de 1684, que se encuentra en la Sala Medina de la DIBAM. La primera edición fue hecha en Lima en 1606.

go, nos parece probable que esta información se refiera a los indígenas de Chile Central y Sur, puesto que González de Nájera escribe sobre todo acerca de la guerra de Arauco. Muchos años antes, como lo hemos citado, Vivar había hecho notar la similitud del habla entre los aborígenes de Concepción y de Santiago. Ahora bien, si recordamos que los términos de Santiago eran por el norte el valle de Choapa y por el sur el valle del Itata⁵⁵, lo que informa nuestro cronista no es lo mismo que lo que escribió el padre jesuita Luis de Valdivia. ¿Cómo explicar estas diferencias? Nuestra hipótesis es que esta homogeneidad de lengua que encontró el padre Valdivia a fines del siglo XVI puede explicarse por los traslados de indígenas rebeldes que se hacían desde el sur hacia Santiago y Coquimbo (La Serena). Por ejemplo, el gobernador Rodrigo de Quiroga en carta dirigida al Rey, de fecha 2 de febrero de 1576, señaló que «los estados de Mareguano, de Purén, Arauco y Tucapel son los que hacen más la guerra» y recordaba que el Monarca había ordenado el destierro de los indios bulliciosos a las provincias del Perú. A su vez Quiroga recomendó trasladarlos a Santiago y a La Serena. Un año después, insistió en que sería conveniente «destinar alguna buena parte de los revelados de su tierra para los valles y minas que ay en esta ciudad y en la de la Serena»⁵⁶.

A propósito de esta política de desarraigo poblacional, Olaverría, tantas veces citado por nosotros, escribió que muchos españoles pedían que el rey diese «por esclavos a todos los indios que sustentan la guerra para que tengan aprovechamiento los soldados y a los contrarios sea terror y después de alcanzado el fin de la guerra dicen que se maten a todos cuantos indios ay en el estado porque de pocos que quedan sospechan alteración y los más misericordiosos dicen que se hagan mitimae, los destierren y desnaturen de sus tierras». A continuación recuerda que tienen muy fresca «en la memoria los reveldes del estado el agravio aquellos dicen les hizo el gobernador Rodrigo de Quiroga en prender en la comarca de Arauco estando en tregua 500 indios los cuales sirven en la ciudad de la Serena»⁵⁷.

Igualmente el Maestro de Campo General, Lorenzo Bernal del Mercado en su información de servicios⁵⁸ escrita en 1577 reconoció que desterró a la ciudad de La Serena más de 600 indios de Arauco, Tucapel, Purén y Angol «donde están el día de hoy sacando oro».

Recuerda Sergio Villalobos en su *Historia del Pueblo Chileno*, que «el gobernador Quiroga dispuso el envío de un grupo considerable de indios a La Serena y les puso un administrador que pronto debió recurrir a medidas extremas por un intento de fuga»⁵⁹.

⁵⁴ *Desengaño y reparo de la guerra del Reyno de Chile*. Libro Primero; Relación tercera; cap. IV. p. 49. Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1971.

⁵⁵ C. H. CH., ob. cit., tomo 1, p. 307. Acta de Cabildo del 13 de noviembre de 1552.

⁵⁶ Claudio Gay, ob. cit., *Documentos*, tomo segundo; pp. 109 y 113.

⁵⁷ Claudio Gay, ob. cit., *Documentos*, tomo segundo; pp. 41 y 43.

⁵⁸ C.D.I.s.s., tomo VI, p. 175. F. H. B. J. T. Medina. Santiago de Chile.

Además el estudio de documentos del Archivo de Escribanos de Santiago, que hizo Alvaro Jara, prueba que entre 1565 y 1600 había una gran cantidad de aborígenes del Sur de Chile trabajando en la provincia de Santiago⁶⁰. La toponimia de Chile Central afirma la homogeneidad lingüística entre Santiago y Concepción, pero no así con Coquimbo (La Serena), ni menos con los límites norte de esta provincia (Copiapó). Sólo los traslados de aborígenes del sur de Chile a Coquimbo, explican la afirmación del padre Luis de Valdivia.

Tema relacionado con lo anterior es que no debe olvidarse que «la lengua que corre en todo el Reyno de Chile», en tiempos de la entrada de los españoles, puede ser una lengua antigua, propia de los agricultores prehispanicos.⁶¹ La toponimia que cubre desde el valle del Choapa hasta prácticamente Chiloé nos entrega datos que permiten construir esta hipótesis. Incluso la investigación arqueológica que reconoce culturas y sub-culturas en el período agro-alfarero tardío, en estos territorios, no sería contradictoria con una posible homogeneidad lingüística. Sin embargo, nuestra opinión es que no es suficiente el uso común de un habla para construir una hipótesis de igualdad cultural. Son muchos los ejemplos de pueblos que hablando una lengua común poseen características culturales y sociales diferentes. Además, como creemos probarlo a continuación, el uso de vocablos especiales para nominar organizaciones familiares, sociales y políticas, en diferentes regiones del Centro y Sur de Chile, mostrarán diferencias culturales interesantes.

Ahora bien, retomando el problema de la probable unidad cultural de los aborígenes de las provincias de Arauco y Tucapel («los indios del estado») abordaremos el tema de las descripciones que hacen diferentes autores y documentos de las organizaciones sociales y de parentesco de estos aborígenes.

⁵⁹ Sergio Villalobos R., ob. cit., tomo segundo, p. 75. Ed. Zig-Zag; Santiago de Chile, 1983.

⁶⁰ A. Jara, *Trabajo y Salario Indígena, Siglo XVI*. Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1987.

⁶¹ Osvaldo Menghin, ob. cit., pp. 57 a 64.

APROXIMACIÓN A LAS ESTRUCTURAS SOCIALES

La búsqueda de la homogeneidad cultural entre los aborígenes llamados tradicionalmente «araucanos» o «mapuches», nos vuelve a conducir al cronista más antiguo que relató las acciones de españoles y aborígenes en la década de 1550. A través de las páginas de su crónica observamos un pueblo nativo dividido en parcialidades que se denominan «lebos», palabra indígena que según el padre Luis de Valdivia significa «parcialidades y división de tierras» y también «una regua de Arauco». Estos «lebos» tienen señores principales y cada una de estas cabezas principales tienen a su vez otros señores que les obedecen; «y todos se adjuntan en ciertos tiempos del año en una parte señalada que tienen para aquel efecto. Y juntados allí, comen y beben y averiguan daños y hacen justicia al que la merece, y allí conciertan y ordenan y mandan, y es guardado. Y esto es como cuando entran en cabildo»⁶². En estas reuniones también conciertan sus casamientos y todo lo que se relaciona con los intereses comunes de sus «lebos».

A continuación de esta breve descripción de sus reuniones, se continúa caracterizando a los nativos de la provincia de Concepción, describiendo sus trajes, sus adornos, sus creencias, sus formas de enterramiento, sus juegos, «sus placeres y bailes y regocijos» que «son como los de Mapocho,

⁶² J. de Vivar, *Crónica*, ob. cit., cap. CV; pp. 265-266.

salvo que el cantar es diferente y lo que allí cantan son cosas pasadas y presentes que les haya acontecido». Nosotros en otro estudio⁶³ llamamos la atención sobre estas comparaciones, semejanzas y diferencias entre los habitantes del Mapocho (Santiago) y los de Concepción. Ahora, queremos agregar otros datos para que se fortalezca nuestra hipótesis de la singularidad cultural de los aborígenes situados al sur del río Itata y, sobre todo, entre el río Biobío y el Cautín.

Partiendo de la evidencia de que no es suficiente el uso de una sola lengua, e incluso de algunas semejanzas etnográficas, para unir a los indígenas del centro y sur de Chile en un solo pueblo y una sola cultura, insistiremos en varias diferencias culturales que nos da a conocer nuestro cronista.

Además del cantar histórico, tenemos diferencias en sus enterramientos, en sus conductas guerreras, en sus juegos y en su organización social.

Por ejemplo, de acuerdo a Vivar, los indígenas del Mapocho no juegan a la chueca, en cambio este juego se menciona expresamente entre los aborígenes de Concepción⁶⁴. También la caracterización de las partes altas de las casas de los aborígenes del sur (adornos de águilas, gatos, zorros, tigres) no se menciona para los naturales de la región del Mapocho⁶⁵. Igualmente hay diferencias en los sistemas de parentesco y en la organización social, puesto que las palabras *lebo*, *cabi* (*cavi*), *regua* (*rewua*) y *müchulla* no aparecen en las descripciones de las estructuras sociales que hacen los documentos españoles, a propósito de las encomiendas entregadas al norte del río Maule, en la provincia de Santiago.

Sin lugar a dudas que en la toponimia de Chile Central se incluyen algunas de estas palabras (*Curacaví*; *Puchuncaví*, etc), como tantas otras palabras propias del «Chillidgu» tales como el vocablo «mapocho», lo que no es suficiente para postular estructuras de parentesco y políticas como se conocieron al sur de Chile, tal como lo defiende Rodolfo M. Casamiquela, quien escribió que el topónimo Curacaví, prueba que la estructura político-social araucana estaba vigente en el área septentrional del «complejo araucano»⁶⁶.

Igualmente los indígenas de la región de Valdivia, aunque con algunas características culturales semejantes a los llamados «araucanos», presentan, según Vivar, algunas diferencias importantes. Por los capítulos CVIII y CIX de su Crónica sabemos que los indios de la región de Valdivia eran agricultores que sembraban «maíz y frisoles y papas» y también trigo y cebada.

⁶³ M. Orellana R., *Gerónimo de Vivar y la Conquista de Chile*; ob. cit., cap. VI.

⁶⁴ J. de Vivar, *Crónica*, ob. cit., p. 267. A propósito de este juego en el vocabulario del padre Valdivia, se mencionan las palabras *Pali*, la bola; *Palican*, jugar a la chueca (también *Palitun*); *Palituhue*, el palo con que dan a la bola.

⁶⁵ Es verdad que en la crónica citada faltan el final del cap. XXVII, el cap. XXVIII y el comienzo del cap. XXIX; sin embargo el contexto de la información de los capítulos anteriores y posteriores no insinúa una información como la descrita. Igualmente los otros cronistas y documentos del siglo XVI, no dan una información parecida a las conocidas en el Sur. Consúltese, también, a Horacio Zapater *Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*, cap. II; Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1973.

⁶⁶ Hacia una clarificación del panorama étnico del sur de Chile continental. Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena; tomo I, p. 219. Temuco, 1993.

Igualmente comían tostada una semilla llamada mare o madi, de la cual hacían una especie de aceite «y se guisa con él y es razonable». Además de su condición de agricultores, Vivar describió sus aspectos guerreros, aunque no tanto como lo hizo con los de la región de Concepción y la Imperial. «Las armas de esta gente de esta provincia son unas mantas hechas de nudillos de la hierba que tengo dicha, y es de una vara de ancho y a los cabos va hecho en punta, y por debajo de los sobacos se la prenden en el hombro y ceñida por el cuerpo. Llégales a medio muslo. Es tan fuerte que una lanzada, si no es de muy buen brazo, tendrá bien que pasalla. Traen lanzas y dardos y hondas»⁶⁷. Esta descripción muestra diferencias en las armas de estos aborígenes con los de Concepción: mientras las de Valdivia son hechas de una hierba resistente, las de los aborígenes de Concepción son hechas de cuero de animales. Tampoco en la descripción de las armas ofensivas se mencionan para los de Concepción, las hondas. Sobre este mismo tema recordemos que Pedro de Valdivia, en 1550, escribió que los aborígenes de Arauco y sus alrededores «venían en extremo muy desvergonzados, en cuatro escuadrones de la gente más lúcida e bien dispuesta de indios que se ha visto en estas partes, e más bien armada de pescuezos de carneros y ovejas y cueros de lobos marinos, crudios, de infinitos colores que era en extremo cosa muy vistosa, y grandes penachos todos con celadas de aquellos cueros, a manera de bonetes grandes de clérigos, que no hay hacha de armas, por acerada que sea, que haga daño al que las trajere, con mucha flechería y lanzas a veinte e a veinte e cinco palmos, y mazos y garrotes; no pelean con piedras»⁶⁸. Esta descripción es muy parecida a la de Vivar, y vuelve a mostrar diferentes materiales y armas que usan unos y otros: capas de cuero, capas de hierbas, uso de hondas, ausencia de éstas, etc. Además, coincidiendo con otros testimonios, Vivar afirmó, el primero de todos, que los aborígenes de «Mallalauquen» (Valdivia) «difieren un poco en la lengua a las demás provincias»⁶⁹.

Continuando con los aborígenes de Mallalauquen (mar de greda blanca) conozcamos la rica descripción que hace Vivar de la organización social de estos: «Estos indios de esta provincia tienen esta orden, que tienen un Señor, que es un lebo, siete u ocho 'cabis', que son principales, y estos obedecen al señor principal».

Ya en este texto encontramos una información nueva: cada lebo se divide en varios cabis (pueden ser siete u ocho), ahora bien, el nombre de esta organización (cabi) no fue mencionada para los aborígenes de la provincia de Concepción; aunque se podría sospechar que también en esta provincia habían sub-estructuras dentro del lebo.

⁶⁷ J. de Vivar, *Crónica*, ob. cit., p. 272.

⁶⁸ P. de Valdivia, *Cartas*, ob. cit., p. 155.

⁶⁹ El nombre de Mallalauquen es mencionado también por Mariño de Lovera (*Crónica*, libro primero; parte segunda, cap. XXXVIII, p. 136). En cambio, Góngora Marmolejo, ob. cit., cap. XIII, p. 30, escribe «Guadalauquén».

Continúa nuestro cronista con su descripción: «ciertas veces al año se adjuntan en una parte que ellos tienen señalado para aquel efecto que se llama 'regua', que es tanto como decir, parte donde se adjuntan o sitio señalado»⁷⁰. Así, tenemos un nuevo dato, el nombre del sitio de reunión: «la regua». Posiblemente este «lugar puro» también era el sitio escogido para las reuniones de los lebos en la provincia de Concepción, pero los españoles de estas primeras décadas de conquista no lo mencionan. En la provincia de Valdivia la reunión del lebo o los lebos y sus respectivos cabis se hacía en este lugar especialmente escogido y en esta reunión si se declaraba la guerra «todos estos cabis y señores son obligados a salir con sus armas y gente a favorecer aquella parcialidad según allí y como allí se ordena». Si hacemos derivar de «kawin» el nombre de cabi o cavi podemos recurrir al vocabulario del padre Luis de Valdivia quien escribe: «junta o regua donde habitan indios». Así en el idioma «beliche», tendríamos una relación muy fuerte entre lebo, rewe y cabi, en las provincias de Valdivia. No hay que olvidar que el vocabulario del padre Valdivia está construido especialmente con palabras huilliches o beliches.

Entonces los nuevos vocablos dados a conocer por Vivar pertenecen especialmente al vocabulario de los aborígenes situados al sur del río Toltén. Sin embargo, la complementación de los informes referidos a la organización social de los aborígenes de Arauco y de Mallalauquen, puede enriquecerse con el análisis de otros documentos.

En febrero de 1601 el gobernador Alonso de Ribera al mencionar el fuerte de Arauco señaló que estaba «once leguas de la Concepción tiene su asiento junto a un cerro pegado que se llama de Colocolo y este cerro entra la buelta de la mar hasta el río que llaman de Curaquilla que está dos leguas del dho. río, donde se acaba es regua de Pengue, regua de la Ayllaregua de Arauco....⁷¹ ».

En relación directa con la mención de los términos «regua» y «Ayllaregua», siete años antes, en 1594, Olaverría había definido la «allaregua» como «una junta y concurso de nueve parcialidades» y agregó que toda la tierra y la gente del estado «están repartidos en cinco allareguas». Así, estos aborígenes del Estado (Arauco-Tucapel) estaban organizados, según este informe, en 45 parcialidades o reguas. Sin embargo, Olaverría también informó que estas organizaciones eran muy débiles por cuanto «sus caciques son poco respetados» pero reconoció que en caso de guerra «eligen en cada parcialidad los dichos caciques para su general el hombre de más opinión y valor de ella ora sea cacique o indio particular y este con sus soldados defiende su tierra quando andan españoles en ella»⁷². En la parte de las recomendaciones del informe que citamos se escribió: «Que en cada allaregua y concurso de nueve parcialidades que es su cuenta aya un gobernador con nombre de tal que les administre y haga justicia conforme sus leyes y que al tal elija el gobernador del reyno que

⁷⁰ J. de Vivar, *Crónica*, ob. cit.; cap. CIX, pp. 272-274.

⁷¹ C. Gay, ob. cit., *Documentos*, tomo segundo, p. 158.

⁷² C. Gay, ob. cit., *Documentos*, tomo segundo, pp. 21-22 y 23.

estuviere en él en nombre de S.M. de dos que se le an de presentar por los caciques de la alleregua para el efecto o les confirmen el que tubieren»⁷³.

De acuerdo a nuestra información, esta mención de la «Aillaregua» es una de las primeras que se hace en los documentos españoles del siglo XVI. Más aún, el padre Luis de Valdivia no menciona la palabra en su Vocabulario de 1606, aunque sí la de regua, haciéndola equivalente a la palabra lebo: «lebo = una regua de Arauco». Pero en 1612 en una relación que hace de las paces de Illicura menciona varias veces el vocablo «ayllaregua» (de Purén, de Tucapel) dándoles el significado de «nueve reguas»⁷⁴. Horacio Zapater⁷⁵ señala que las instituciones «lebos», «cabis», «muchullas», tendrían origen precolombino, en cambio los «ayllarehue» y los «uuthanmapu»⁷⁶ surgieron a raíz de la guerra de Arauco. Según Zapater «la información más detallada sobre ayllarehue se debe al padre dominico fray Juan Falcón, quien estuvo prisionero entre los araucanos entre los años 1599-1614». El dominico citó cinco ayllarehuas o provincias: Osorno, Villarrica, Imperial, Purén y las Quechereguas. En cada Ayllarehua «hay cinco o seis varones guerreros, a quienes llaman toquis, que es lo mismo que capitanes». En relación a estos capitanes principales que cada regua tiene, señalaremos que el padre Luis de Valdivia los llamó «Gen toqui» (el dueño del toqui). No deja de ser interesante que a pesar de que la palabra aillaregua significa «nueve reguas» el dominico Falcón caracterice a esta institución con cinco o seis toquis, lo que podría indicar que no siempre se contaba con nueve reguas para constituir una «aillaregua». Esto ya fue previsto por Tomás Guevara cuando escribió que el número podía variar⁷⁷.

Ahora bien, a fines del siglo XVI, cuando se hizo información y relación de los sucesos de la guerra de Chile, bajo el gobierno de Martín García Oñez de Loyola, varias declaraciones mencionaron la pacificación de «la Illaregua del estado de Arauco». Incluso en una carta de Miguel de Silva, «castellano de Arauco», en donde se pronostica un ataque al fuerte que dirige, se lee: «las cinco regoas tengo aquí conmigo»⁷⁸. No cabe, entonces, duda que el uso de las palabras indígenas «regua» y «ayllaregua» eran comunes en la década de 1590.

⁷³ C. Gay, ob. cit., *Documentos*, tomo segundo; p. 46.

⁷⁴ C. Gay, ob. cit., *Documentos*, tomo segundo, p. 282.

⁷⁵ *La búsqueda de la paz en la guerra de Arauco*; padre Luis de Valdivia, p. 90; editorial Andrés Bello; Santiago de Chile, 1992.

⁷⁶ Es el padre Luis de Valdivia quien en 1612 hace referencia indirecta a estas «regiones grandes» al mencionar las «cuatro cavezas principales de la guerra: de la costa de la mar; de la cordillera nevada (desde Chillán a Villarica); de Catiray a Osorno; y de Elicura y Purén (C. Gay, ob. cit., *Documentos*, tomo segundo, p. 286). G. Boccarra cita otros textos del padre Valdivia de 1617 y 1618. Consúltese «Etnogénesis mapuche: resistencia y restructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVI-XVIII)». *Hispanic American Historical Review* 79:3; 1999.

⁷⁷ Historia de Chile. *Chile Prehispano* tomo I, cap. IX, p. 287, Santiago de Chile, 1929. La declaración que hizo el padre Juan Falcón, el 18 de abril de 1614, fue publicada por Horacio Zapater: «Testimonio de un cautivo. Araucanía, 1599-1614», en *Revista Historia* N°23; Instituto de Historia, P. U. C. CH. 1988.

⁷⁸ C. H. CH., tomo II; *Documentos*; pp. 269 y 272. Santiago, 1862.

También, muy a comienzos del siglo XVII el poema «Purén Indómito»⁷⁹ mencionó dos veces el vocablo «aillaregua», confirmando el concepto de que no siempre la «aillaregua» implicaba la existencia de nueve reguas. Diego Arias de Saavedra al recordar que los «cuyunches» se juntaron con el toqui Pelantaro,

*«y el distrito de Penco corren luego
haciendo guerra cruel a sangre y fuego.
Pusieron estos bárbaros en campo
todo lo principal de su aillaregua»*

nos la está definiendo como una organización social, bien estructurada, que aporta un gran número de combatientes. También el soldado-poeta, al recordar la prisión del «cacique Guaiquinilla», escribe que el fuerte español no fue más fatigado,

*«por tener a este bárbaro respeto,
antes lo alimentaba su aillaregua,
con quien se hizo una inviolable tregua».*

Ahora bien, para afirmar la presencia en la provincia de Valdivia de las palabras regua y cabi, examinemos otros documentos del siglo XVI. Francisco de Niebla, uno de los conquistadores que litigó con otros por una encomienda nos informó que en 1552 el gobernador Pedro de Valdivia repartió a los vecinos fundadores de la ciudad de Valdivia «caciques con sus cavies e naturales». Dos años más tarde, en 1554, luego de la muerte de Valdivia, Francisco de Villagrán hizo «el repartimiento de las reguas, cavies, caciques e indios dellas é de todos los naturales»⁸⁰.

Un año después, en 1555, los señores justicia y regimiento de la ciudad de Valdivia «hicieron el repartimiento de las reguas, cavies, caciques principales de servicio», por vía de encomienda y de depósito. Este mismo Cabildo y Ayuntamiento al defender los repartimientos que hizo Francisco de Villagrán señaló que «cinco y seis y siete cavies facen una regua», agregando que si se dividiesen estas reguas y cavies «los dichos naturales vernían en muy excesiva cantidad a disminuirse, por estar, las dichas reguas están de tiempo inmemorable hermandados y emparentados»⁸¹. Además de confirmarse las subdivisiones de las reguas, en varios cavies, se puede relacionar el tema del parentesco en las reguas con lo que afirmó Pedro de Valdivia, en 1551, cuando

⁷⁹ Ob. cit. Canto XIII, verso 996 y canto XXIII, verso 1791.

⁸⁰ J. T. Medina. C. D. I., tomo XVII; ob. cit., pp. 317-318.

⁸¹ J. T. Medina. C. D. I.; tomo XXIX; pp. 255 y 256.

escribió que lebos «son como apellidos y por donde los indios reconocen la subjection a sus superiores»⁸².

Otros ejemplos de las subdivisiones de la organización social de estos aborígenes se encuentran en el texto que el gobernador García Hurtado de Mendoza escribió en 1558, en donde le entregó a Pedro Guajardo dos reguas, ocho cavies y quince caciques y principales, todos los cuales «tienen su tierra é asiento en los llanos de la dicha ciudad de Valdivia, riberas del río Bueno». Además le otorgó otros dos cavies con ocho principales⁸³. Algunos años más tarde, en 1562, el gobernador Francisco de Villagrán encomendó en la provincia de Osorno a Juan Pérez de Campo un cavi con cinco caciques⁸⁴.

Todos los pleitos que se originaron alrededor de la posesión del cavi de Coipuco, en Valdivia, y por otros cavies, muestran que éstos estaban constituidos por otros subsistemas, más pequeños, que a su vez tenían sus señores⁸⁵.

¿Cómo fueron llamadas estas estructuras que formaban parte de los cavies? Como fue ya advertido por Ricardo E. Latcham, el cronista Mariño de Lovera identificó para la provincia de Valdivia estructuras menores que llamó «machullas»: «luego dio el Gobernador orden que se hiciese lista de todos los indios del distrito, los cuales estan repartidos entre sí por cavies, que quiere decir parcialidades, y cada cabí tenía cuatrocientos indios con un cacique. Estos cavies se dividían en otras compañías menores que ellos llamaban machullas; las cuales son de pocos indios y cada una tiene un superior, aunque sujeto al señor que es cabeza del cabí»⁸⁶.

A propósito del tema de las cantidades que constituían estas estructuras sociales tenemos algunas cifras dadas por el cronista Vivar, cuarenta años antes de lo que escribió Lovera. Cada «lebo» en la provincia de Concepción tenía «mil quinientos y dos mill indios y otros más». A su vez, cuando describió las costumbres y ceremonias de los aborígenes de la provincia de Valdivia, afirmó que «siete u ocho cabis» formaban parte del lebo. Si trabajamos con la cifra de 2000 personas por lebo (aunque podrían ser más) y dividimos por siete (hay que recordar que otro documento habla de cinco, seis o siete cabis), tendremos para cada cabi aproximadamente 285 aborígenes; pero estas cifras tan inseguras podrían cambiar si recordamos sólo que el propio Vivar, al referirse a la cantidad de indios que señoreaban Colocolo, Pailaguala, Paicaví, Tucapel, Teopolican, Aillacura o Millarapue, da como cifra menor 3000 y como mayor la de 6000 indígenas⁸⁷.

⁸² P. de Valdivia, *Cartas*, ob. cit., p. 170.

⁸³ J. T. Medina. C. D. I., tomo XXIX; p. 253.

⁸⁴ J. T. Medina. C. D. I. ob. cit., p. 153.

⁸⁵ J. T. Medina. C. D. I. tomo XVII; ob. cit., pp. 265 a 449.

⁸⁶ Mariño de Lovera, ob. cit., parte segunda, cap. XXXVIII, p. 140.

⁸⁷ J. de Vivar, *Crónica*, ob. cit., cap. CXVII; pp. 293-294.

Todo lo anterior nos hace concluir que la cifra de Lovera para los cabis es muy probable.

En relación con la palabra «machulla», recordemos que no se encuentra en el vocabulario del padre Valdivia, aunque sí encontramos la palabra «chulla» que es el nombre que la hermana da al hermano, igualmente «mu» aparece unida a la palabra che = hombre noble. Podría, entonces, definirse la «mùchulla» como el grupo encabezado por el hijo heredero de la familia («el hermano noble»).

En la búsqueda de pruebas sobre la existencia de estas subdivisiones que formaban parte del cabi, encontramos que el soldado-escritor Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán mencionó el «quiñe lob» como un grupo compuesto por más de cincuenta personas; sin embargo no hay que olvidar que el «Cautiverio Feliz» se terminó de escribir en 1673, aunque el conjunto de situaciones que vivió el autor ocurrieron en 1629⁸⁸.

Así la palabra lob (lof) que es sinónimo de pequeña parcialidad o ranchería⁸⁹ no aparece en los documentos, pero sí aparece la palabra mùchulla (o machulla) en diferentes textos referidos a encomiendas o litigio de éstas. En 1565, el gobernador Rodrigo de Quiroga entregó una encomienda a Diego Ruiz de Oliver, que fue secretario de los gobernadores Francisco de Villagrán, Pedro de Villagrán y de Quiroga, con «todos los cavies, machullas y catanes». Según Ricardo E. Latham, «el catan era la residencia y la mùchulla era el grupo de parientes que lo habitaban»⁹⁰.

En 1561, Pero Pérez Merino era encomendero en la provincia de Valdivia y declaró, en 1565, que cada cabi tenía cuatro o cinco mùchullas⁹¹.

Insistiendo sobre los nombres de estas divisiones sociales recordemos que el cronista Góngora Marmolejo, en la década de 1570, refiriéndose a lo acontecido después del despoblamiento de Concepción y a la general insurrección aborigen escribió: «En la ciudad de Valdivia se alzaron así mismo los naturales de ella; hízoles la guerra el licenciado Altamirano un año que la tuvo a su cargo, desbaratándoles muchos bucaranes haciendo en ellas gran castigo»⁹².

Una nota de la edición define a los bucaranes como estancias, rancherías de indios; sin embargo, el propio cronista precisa el significado de bucará como fuerte construido por los aborígenes. A su vez, en el diccionario del padre Luis de Valdivia sólo se encuentra la palabra «cara» que significa pueblo, y el verbo «caran» que significa poblar. Al igual que la palabra lob (lof), este vocablo no lo hemos encontrado en otro autor o en documentos del siglo XVI.

⁸⁸ *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas en Chile*. C. H. CH.; tomo III, discurso II, cap. XXX; p. 191. Santiago de Chile, 1863.

⁸⁹ Así la define el padre Andrés Febrés en su *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*. Lima, 1765.

⁹⁰ R. E. Latham: *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*, pp. 118 y 122, Santiago, 1924.

⁹¹ J. T. Medina. C. D. I.; tomo XI, p. 161, y tomo XVIII, p. 409.

⁹² Alonso de Góngora Marmolejo, ob. cit.; cap. XX; p. 137.

Así, en la provincia de Valdivia y por el norte hasta Imperial, las divisiones de las reguas están bien señaladas; cabis, mýchullas y catanes; no ocurriendo lo mismo en la provincia de Concepción, en donde los documentos españoles sólo mencionan a los lebos, por lo menos en los primeros decenios del período de la Conquista; introduciéndose a fines del siglo XVI el nombre de regua (rewe)⁹³ como sinónimo de lebo, en los territorios de los estados de Arauco, Tucapel y Purén. El uso del término de lebo era común en todo el territorio al norte de la Imperial; así en 1569 el gobernador Bravo de Saravia escribió que en Angol (región de los llanos) dos lebos «vinieron en paz»⁹⁴.

Como lo hemos probado, a fines del siglo XVI y con mayor razón en el siglo XVII, se hablaba frecuentemente de regua para la región de Concepción: Nuñez de Pineda y Bascañán, en su citada obra, escribió que en 1629 un viejo cacique recordaba al gobernador Valdivia como hombre codicioso y avariento «y entre las reparticiones que hizo de las reguas, que son parcialidades, se quedó con cinco o seis de las más opulentas de indios y de minas de oro conocidas...». «Tenía este gobernador (dijo el cacique) las parcialidades de Arauco, Tucapel, Lebo, hasta Purén...»⁹⁵.

El tema de las denominaciones de las organizaciones sociales y de parentesco, que se usaban en el siglo XVI, en las grandes provincias de Concepción y Valdivia, debe servirnos para tratar de insistir en el tema de las diferencias culturales entre los aborígenes del centro de Chile (provincia de Santiago, entre el Choapa y el Itata) y los aborígenes del sur de Chile (al sur del río Itata hasta la provincia de Corcovado).

Nuestra hipótesis, de acuerdo a los documentos estudiados, es que los términos lebo, regua, cabi, mýchula y otros, no se usan al distribuirse los aborígenes de Chile central entre los encomenderos.

Como es bien conocido, Pedro de Valdivia dio «de comer» a muchos de los conquistadores que lo ayudaron en el poblamiento del reino de Chile. Así, por ejemplo, su compañera Inés de Suárez, recibió una encomienda el 20 de enero de 1544, en donde se le depositó «los caciques de Tinguillanga, Ubalgague, Calthapillo, Guacheinarongo en los promaucaes i el cacique Apoquindo, en el valle del Mapocho». Esta encomienda se le conformó en la segunda distribución que hizo Valdivia, con fecha 11 de julio de 1546. Además de hacerle merced de una estancia en el valle de Alhué, le entregó otros caciques: Quinponaval, y Melipilla «con todos sus principales indios e subyectos, es Picon y tiene sus tierras en los promancaes con sus pescadores e indios»⁹⁶.

⁹³ Según el diccionario de Fray Félix José de Augusta, *Araucano-Español; Español-Araucano*, Santiago de Chile, 1916: la palabra rewe si antes era «signo distintivo de las parcialidades políticas, cuasi su pabellón, hoy día no existe entre los indígenas ni un recuerdo de ello».

⁹⁴ C. Gay, ob. cit., *Documentos*, tomo segundo, p. 100.

⁹⁵ *Cautiverio Feliz*, ob. cit., Discurso III, cap. XIX, p. 253.

⁹⁶ T. Thayer Ojeda, *Los Conquistadores de Chile*, ob. cit. en Anales de la Universidad de Chile, 1908, tomo CXXIII, p. 166. Véase también Joaquín Santa Cruz, «Los Indígenas del Norte de Chile antes de la Conquista española», en R. CH. H y G. N° 11, pp. 38-88.

El 1 de agosto de 1549, el gobernador Pedro de Valdivia confirmó la encomienda entregada a Juan Bautista Pastene «y de nuevo encomiendo en vos el dicho capitán Juan Bautista Pastene los caciques con sus indios que aquí van espresados, los cuales tenían depositados en vuestra persona y conforme por el reconocimiento que hice de vecinos en esta dicha ciudad a once de julio de quinientos y cuarenta y seis, y deposité a cinco de noviembre de quinientos cuarenta y siete, que son el cacique llamado Malenpangue y sus herederos con todos sus indios y principales indios y sujetos que tiene su asiento en los promancaes y se llaman Taguataguas, y el cacique llamado Joan Darongo con todos sus principales indios y sujetos que tienen su tierra y asiento en este valle de Mapocho, a la sierra de esta y la del río Maipo, con tanto que no tengáis derecho ninguno a cacique ni principal ni a sus indios que estuviere nombrado en cédula de otro vecino...»⁹⁷. A este mismo amigo y compañero de conquistas, el 4 de octubre de 1550, Valdivia le agregó otra merced: «los que tienen su tierra en la provincia de los picones i valle de Poanguí, como yo los tengo en mi cabeza, con más las tierras e asientos que tienen los dichos caciques e indios cerca del Maipo llamado Pico»⁹⁸.

Estos ejemplos muestran que en Chile central (provincia de Santiago) los documentos españoles sólo mencionan al Señor principal (que denominan «cacique») y a otros principales, parientes e indios que están sujetos a aquél. Creemos que existían subdivisiones pero no conocemos cómo eran denominadas. Hay que tener presente que fuera de algunas palabras que los españoles utilizaban y que corresponden al mundo caribe (cacique) o quechua (apo, curaca, yanacóna), la mayoría de las palabras corresponden a la lengua (o lenguas) aborígenes que se conocían en el Reino de Chile, en el siglo XVI. Por lo tanto, la no mención de ellas en los documentos españoles significa que no estaban en uso en la región de Santiago.

Volviendo a la cultura de los aborígenes de Arauco, Tucapel, Purén hasta el río Cautín, preguntemos qué tipo de sub-estructuras eran los cabis, las müchullas, incluso los lof y catan. Los primeros indicios de respuesta nos los da el gobernador Valdivia. Éste, luego de fundar la ciudad La Imperial, en marzo de 1551 escribió que repartió todos los caciques por sus «levos», «cada uno de su nombre, que son como apellidos». Así creemos que Valdivia tiene la información que cada lebo tiene un nombre que de alguna manera involucra a todos sus miembros; no estamos pensando en familias, sino en un nombre totémico, en un nombre que puede corresponder al ancestro mítico (un animal, un vegetal, un objeto inanimado, etc.). Cuatro años más tarde, tenemos una ratificación de esta información cuando el Cabildo de Valdivia declara que las reguas «están de tiempo inmemorable hermanados y emparentados».

Algunos años más tarde, el padre Luis de Valdivia se refiere a los linajes que tienen un apellido, institución ésta, que él llama Cuga. Antes de entrar en el tema de los nombres de parentescos,

⁹⁷ D. Barros Arana, *Obras Completas*, tomo VII, p. 427.

⁹⁸ T. Thayer Ojeda, ob. cit.; *Anales de la Universidad de Chile*, 1910, tomo CXXVI, p. 553. Parte de esta encomienda la había tenido antes Inés de Suárez.

tengamos presente que otro autor de comienzos del siglo XVII, el citado Alonso González de Nájera escribió: «Presumen entre ellos de linaje o descendencias, y de apellidos porque hay cosas que se nombran del sol, otras de leones, raposas, ranas y cosas semejantes, de que hay parentelas que se ayudan y favorecen en sus discusiones y bandos, y es tanto lo que se precian destos apellidos, que solo les falta usar de escudos de sus armas»⁹⁹.

Sobre estos linajes y apellidos, el padre Valdivia dedicó un capítulo de su libro¹⁰⁰ en donde escribió: «Demás de estos parentescos tienen los Indios otro género de parentescos de nombre que llaman, cúa como alcuñas de sobrenombres, que ay generales en todas las Provincias desde la Concepción adelante, así por la Costa, como por la Cordillera, y todos se reducen a veinte: Antú, amuchi, cacten, calquin, cura, Diucaco, Entuco, gllin, grú, gagen, huercuhue, yani, yene, luá, linqui, mugu, pagi, qllyuy, Villcuñ, Vude. Y no ay indio que no tenga algún apellido de estos, que significan Sol, león, sapo, zorra, etc. Y tiénenle particulares respetos, unos a otros, los que son de un nombre de estos se llaman Quiñe lacu».

Estos apellidos del linaje provienen entonces del nombre del abuelo y continúan hasta los nietos, es decir, tres generaciones tienen el mismo nombre.

Si tenemos presente que varios autores, entre ellos Vivar y Mariño de Lovera, dan cifras, algunas bastante grandes para precisar el número de integrantes de estas estructuras sociales y de parentesco, es muy probable que los lebos y reguas no estén conformados por un solo linaje, sino que sus sub-divisiones (cabis, müchullas) sean unidades de parentesco, e incluso los sub-grupos más pequeños (lob, catan) sean familias que no pasen de 50 a 60 personas, tal como lo expresa en un texto ya citado el cronista soldado Núñez de Pineda y Bascuñán. Es posible que, como escribe Horacio Zapater, el lob corresponde a las sub-estructuras de los aborígenes que vivían al norte del río Cautín, y la sub-estructura müchulla a los aborígenes de Valdivia¹⁰¹. El tema de los lebos, aunque sin ser nombrados, aparece en La Araucana de Alonso de Ercilla y Zúñiga cuando define la extensión de Arauco, escribiendo:

*«veinte leguas contiene sus mojones
poséenla dieciséis fuertes varones».*

Igualmente escribe que, ninguno de ellos tiene poder sobre todos e incluso, agrega que hay otros caciques. Sabemos también que otros autores, años más tarde, entre ellos Olaverría, mencionaban 45 reguas, cada uno con su señor. La mención de estos señores estaba ya en la Crónica de Vivar,

⁹⁹ *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile*, ob. cit.; Libro Primero, Relación Tercera, cap. IV, p. 46.

¹⁰⁰ *Arte y Gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile*, ob. cit., cap. XXIV, pp. 70-71: «De los nombres de parentescos».

¹⁰¹ Horacio Zapater: *La búsqueda de la paz en la guerra de Arauco: padre Luis de Valdivia*, cap. V, p. 88, ob. cit.

quien reconocía que había otras principales dentro de los lebos, que sin embargo, obedecían al señor del lebo.

Según el padre Luis de Valdivia el «Genboye» era el cacique principal, señor de la canela, en el «Llaucahuin» que era «la mitad de una regua», lebo o cahuin. Estos vocablos que conoce el padre Valdivia, a fines del siglo XVI, podrían darnos la respuesta al problema de cómo se llamaban las subdivisiones de los lebos del «estado de Arauco». Sin embargo, no hay que olvidar que en el vocabulario que recoge nuestro autor «los más vocablos son Beliches».

RECHE, MOLUCHE Y MAPUCHE

En capítulos anteriores de nuestra investigación hemos conocido el uso que se hizo de los vocablos «araucanos» y «chilcanos», especialmente a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, recordando, sin embargo, que la palabra Arauco proviene de una aborígen (Rau-co) que era utilizada para designar al río Carampangue, de donde se sacaba un barro para hacer tiestos alfareros y que también servía para lavarse los cabellos. Igualmente, hemos estudiado los vocablos «chilenses» y «chilenos», que se conocieron desde fines del siglo XVI y en los siglos siguientes.

El mismo padre Luis de Valdivia, que aprendió la lengua aborígen a fines del siglo XVI, nos informa en su libro sobre la lengua de los «indios chilenos» que el vocablo Re significaba, antepuesto al nombre, «sin mezcla alguna» y que Reche eran «los indios de Chile», es decir los hombres sin mezcla, los puros. Este concepto de «puro» debe relacionarse con los otros tipos de hombres que habitaban en sus regiones, los «huyncache» (los españoles); los «curuche» (los negros), etc. Frente a

¹⁰² *Diccionario Etimológico*. Edición Mario Ferreccio P., Universidad de Chile. Seminario de Filología Hispánica; p. 139, sin fecha. La obra de Lenz tiene como fecha 1905-1910.

¹⁰³ Horacio Zapater, ob. cit., p. 106. También consúltese a Luis Carlos Parentini, *Introducción a la Etnohistoria Mapuche*, DIBAM. Santiago, Chile, 1996.

estos extranjeros, los «indios de Chile» se definían como «reche». El etnohistoriador Horacio Zapater, siguiendo a Rodolfo Lenz¹⁰², fue uno de los estudiosos que llamó la atención sobre esta palabra al escribir que los vocabularios de los padres jesuitas Valdivia, Febrés y Havestadt «demuestran que en los siglos XVII y XVIII los indígenas se autodenominaban reche» y agregaba que «la voz mapuche debe provenir del siglo XIX al enfrentar el aborigen el problema de la usurpación de sus tierras»¹⁰³. El abate Juan Ignacio Molina, en su *Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile* escribió que los araucanos se daban además del título de auca o libres «también por antonomasia, los nombres de che, o sea gentes; de reche, gente pura, y de huentu, hombres»¹⁰⁴. Igualmente Alberto Salas señaló que es posible, ocasionalmente, que los aborígenes situados entre los ríos Biobío y Toltén, hayan usado los vocablos reche y mapuche «no como nombre específico de grupo étnico, sino más bien como categoría amplia de personas»¹⁰⁵.

Más recientemente, Guillermo Boccara se ha referido al tema de la etnogénesis mapuche haciendo uso del vocablo Reche. En uno de sus trabajos este autor afirma que «el único término que aparece en la documentación temprana para calificar de manera general a los indígenas del territorio llamado Araucanía es el de Reche, que significa 'hombre auténtico o verdadero'»¹⁰⁶. Sin embargo, precisemos que hasta lo que hemos estudiado, no hay un solo documento, ni crónica, ni poema, del siglo XVI que mencione a los aborígenes con el etnónimo «reche». Este vocablo aparece por primera vez en el Vocabulario del padre Luis de Valdivia en 1606. Además, a pesar de lo escrito por el padre Valdivia, no aparece esta palabra en otros autores del siglo XVII, lo que no implica que el vocablo no haya estado en uso a fines del siglo XVI o comienzos del siglo XVII, pero con una connotación distinta a la que algunos estudiosos del presente le quieren dar. Es decir, no fue una nominación étnica y cultural de todos los aborígenes que vivieron entre los ríos Biobío y Toltén, y que incluso ellos se habrían dado.

Uno de los estudiosos más conocidos, el antropólogo y arqueólogo Ricardo E. Latcham, trató también el problema de la nominación étnica, pero colocando el acento en los vocablos araucano, mapuche y moluche. En un texto escrito en 1908 y publicado una vez en 1909 y otra en 1911¹⁰⁷, expuso que al sur del río Itata, pueblos invasores que venían del oriente de la Cordillera de los Andes, de la Pampa, se habían mezclado con las mujeres de los antiguos habitantes, expulsando a la mayoría de ellos al norte y al sur del territorio que ocuparon. Esta invasión que se había producido «muy pocos siglos antes de la conquista española» tenía como sujetos a nómades que vivían de la caza

¹⁰⁴ Ob. cit., libro II; cap. VIII; p. MD. Biblioteca del Bicentenario. Pehuén editores. Santiago, 2000.

¹⁰⁵ Alberto Salas, *El Mapuche o Araucano*, pp. 29-30. Colecciones MAPFRE. Madrid 1992.

¹⁰⁶ Guillaume Boccara, ob. cit., pp. 426-427.

¹⁰⁷ Citamos el texto de R. E. Latcham titulado *Antropología Chilena*, que se encuentra en el volumen XIV de los trabajos del Cuarto Congreso Científico (1º Pan-Americano) celebrado en Santiago de Chile, del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909. Trabajos de la III Sección; tomo II, pp. 24-84, Santiago de Chile, 1911. La publicación de 1909 se hizo en Buenos Aires: Revista del Museo de la Plata XVII.

y que «no conocían ni los primeros rudimentos de la agricultura. Es posible que tenían algunos conocimientos de la alfarería, pero de la más ruda descripción». Estos hombres eran robustos y enérgicos y muy guerreros. A su vez los antiguos habitantes que desplazaron, eran agricultores y pastores, conocían bien la alfarería y eran culturalmente muy desarrollados. La lengua que hablaban fue incorporada por los conquistadores pampeanos. Según Latcham «una de las causas que contribuía a propagar su natural fiereza y poca inclinación hacia un hogar fijo, era la proximidad de terribles vecinos, los pehuenches, puelches y huilliches serranos, con quienes se mantenían en constantes guerras». Y a continuación escribió nuestro antropólogo, «para distinguir esta rama de las otras y para evitar confusiones enseguida le daremos el nombre que ellos mismos usaban, de Mapuche, y por falta de otro mejor el de Picunche, a los que quedaron al norte de Itata»¹⁰⁸.

Más allá de las correcciones que se han hecho a la teoría de Latcham, y que tratamos con brevedad más adelante, lo que nos interesa rescatar de este clásico de la antropología chilena, es su propuesta de llamar a los aborígenes del siglo XVI, «mapuches». En el mismo trabajo citado escribe que «los mapuches a su llegada a la Araucanía expulsaron a las razas que se hallaron allí...»¹⁰⁹

A pesar de que designa a este pueblo invasor con el nombre de mapuches no tiene inconveniente en utilizar también el vocablo «araucanos», cuando escribe, en este mismo trabajo, que los pehuenches «no tienen nada de común con los araucanos de los llanos más que el idioma y ciertas costumbres adquiridas por contado» y reafirmando esta equivalencia de vocablos escribió: «en los llanos centrales encontramos a los Mapuches, los verdaderos araucanos de la Historia»¹¹⁰.

Corroborando los usos alternativos de las palabras mapuche y araucano encontramos en Latcham, años más tarde, la siguiente afirmación «no queda duda que en la época anterior a la intrusión de los araucanos en la región entre el Itata y el Toltén, toda la zona, desde el Cachapoal hasta el canal de Chacao, formaba una sola provincia cultural. Su continuidad fue interrumpida por la invasión del elemento étnico que llamamos araucano»¹¹¹.

En el libro sobre la alfarería indígena, escrito 20 años después de su «*Antropología Chilena*», encontramos algunas variaciones en los datos que explican la invasión del pueblo pampeano y el nombre que tenían: «se ha conocido en la historia con el nombre araucano, no porque le era propio, sino que inventado por Ercilla para referirse a los indios de guerra, llegando a ser genérico para todos los indígenas de la zona».

«Investigaciones antropológicas y arqueológicas han demostrado que este pueblo era intruso en la región, que era de diferente origen y linaje de los demás habitantes del país y que su estada en este había sido relativamente corta cuando llegaron los españoles. Venidos de las pampas argentinas, don-

¹⁰⁸ R. E. Latcham, ob. cit., p. 28.

¹⁰⁹ R. E. Latcham, ob. cit., p. 30.

¹¹⁰ Ricardo E. Latcham; ob. cit., p. 60.

¹¹¹ Ricardo E. Latcham, *La Alfarería Indígena Chilena*, p. 187. Santiago de Chile, 1928.

de llevaban la vida de cazadores nómades, vistiéndose de pieles y habitando toldos de cuero de guanaco, a la manera de los patagones, estos moluches o gente de guerra, ingresaron por los pasos bajos de la región...»¹¹². Queda, entonces, claro que Latcham a pesar de no gustarle el vocablo araucano, inventado, según él, por Ercilla, lo usó y lo intercambió con el de mapuche. Pero en este párrafo citado también Latcham nos propone un nuevo gentilicio: el de «moluche», haciéndolo sinónimo de hombre de guerra.

Lo primero que hay que precisar es que «moluche» no significa «hombre de guerra», sino que «hombre de occidente». Sobre este tema escribió Alberto Salas que «marginalmente se ha utilizado alguna vez la palabra moluche como denominación del grupo central, o sea como alternativa de araucano. Está formado sobre el compuesto moluche (ngolo-che o ngulu-che) gente de occidente (molu, ngolu o ngulu=occidente)»¹¹³.

Escribe Rodolfo Lenz,¹¹⁴ a comienzos del siglo XX, que este vocablo denomina a «los indios chilenos actuales desde Angol hasta Valdivia», y agrega que fue sólo corriente «entre los mapuches de la pampa argentina para designar a sus parientes chilenos, lo mismo que estos usan hasta hoy el nombre puelche de todos los indios de la Argentina».

También recuerda que el verbo molun no existe «ni ha existido» y por lo tanto el supuesto significado de guerrear «se debe talvez a una confusión con malón», que significa pelea o batalla.

Digamos nosotros, que algunos autores lo han usado desde el siglo XVIII, pero que no han tenido éxito en reemplazar los etnónimos de «araucano» y «mapuche». Sabemos que Thomas Falkner en su estudio sobre la Patagonia clasificó a los aborígenes de moluches¹¹⁵ y de puelches, es decir de hombres de occidente y hombres de oriente. A su vez, a los moluches los subdividió en picunches (hombres del norte), pehuenches (hombres del pehuén) y huilliches (hombres del sur).¹¹⁶

Según nos relata Edward Poeppig, el abate Juan Ignacio Molina, algunos años más tarde, en 1782, señaló que a los araucanos les gustaba que los llamasen moluches¹¹⁷: Así, en la obra «Compendio Anónimo», del que es autor el Abate Molina, se lee: «los araucanos creen que el hombre no ha nacido más que para la guerra»¹¹⁸. Un contemporáneo de Molina, el también jesuita Felipe Gómez de Vidaurre, a fines de la década de 1780 al referirse a los araucanos escribió «el nombre, sin embargo,

¹¹² Ricardo E. Latcham, ob. cit., pp. 17 y 18.

¹¹³ Alberto Salas, ob. cit., p. 31.

¹¹⁴ *Diccionario Etimológico*. Edición Mario Ferreccio P., ob. cit., pp. 508-509.

¹¹⁵ El gobernador Alonso García Ramón mencionó un lebo de Tucapel llamado «moluche», junto a los lebos de Pilmayquen, Caramariba, Licoya y otros. Véase C. Gay; ob. cit., *Documentos*; tomo segundo; carta al Rey del 9 de marzo de 1608; p. 181.

¹¹⁶ Thomas Falkner, *A description of Patagonia and the Adjoining Parts of South America*; cap. 6: «Account of the language of the Moluches». Hereford, 1774.

¹¹⁷ Edward Poeppig: *Un testigo en la alborada de Chile*; nota 5: Los aborígenes de Chile, pp. 469-484, Zig-Zag; Santiago de Chile, 1960.

¹¹⁸ C. H. CH. Tomo XI; pp. 185-303. Santiago, 1878.

más ordinario con que ellos se denominan, es el de auca, que quiere decir hombre libre, o moluche, que significa hombre de guerra».¹¹⁹

El cronista José Pérez García, más tardíamente en 1810, se refirió al «idioma moluche»; y ya en la primera mitad del siglo XIX, en 1835, Edward Poeppig dividió a los araucanos en «moluches» o indios de las llanuras, y en «indios costeros». También, en 1882, el etnólogo Friedrich Müller de acuerdo a la información que nos da Lenz escribió sobre la lengua de los moluche (Die Sprache der Molu-che).

Para terminar esta revisión de los autores que usaron la palabra moluche volvamos a recordar a Latcham, quien, en 1924, pensó que el pueblo extranjero y guerrero (los moluches) se había fusionado con pobladores antiguos formando así una nueva etnia «a la cual aplicamos el nombre de Mapuche».¹²⁰

Como puede observarse es Ricardo E. Latcham quien argumenta, con solidez empírica muy discutible, que los aborígenes del siglo XVI deben llamarse «mapuches». Sin embargo, como lo han demostrado las diferentes citas hechas por nosotros de varios trabajos del antropólogo inglés, no existe seguridad en nuestro autor para usar sólo un gentilicio. Esta misma duda aparece en toda la historia de la palabra mapuche, debido a que, como lo hemos probado empíricamente, la palabra mapuche no fue usada nunca en los siglos XVI y XVII como gentilicio. Sin embargo, es importante no olvidar que la palabra existe en Chile central, concretamente para denominar la región en donde se fundó la ciudad de Santiago en 1541. Las cartas de Pedro de Valdivia de 1545 y de 1550¹²¹ relatan que su expedición llegó «al valle de Mapocho». A su vez las Actas del Cabildo de Santiago, desde 1541, mencionan «al valle del Mapocho»¹²². Sin lugar a dudas que el vocablo mapocho le da nombre al río y a la región que éste baña. Así a esta región en donde hay muchos aborígenes, incluyendo importantes grupos de mitimae que representaban el dominio incásico, se la denominó Mapuche→Mapocho (en los documentos españoles). Incluso el padre de Valdivia usa el vocablo «mapuchu», dándole el significado de Santiago: «mapuchu mten meuyen»: «fui hasta Santiago». También Andrés Febrés usa el vocablo «mapuchu cara»: «la ciudad de Santiago».

¿Por qué esta palabra «mapuche» no fue usada entre los ríos Itata y Toltén, ni tampoco fue rescatada por los textos españoles?

De todos modos sabemos que Andrés Febrés, en 1765, la usó como denominación étnica cuando en su vocabulario español-chileno, al definir la palabra «indio» dice «reche-mapuche»: indios españolizados.¹²³

¹¹⁹ *Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile*. C. H. CH., tomo XIV, Libro Sexto, p. 302. Santiago de Chile, 1889.

¹²⁰ Ricardo E. Latcham: *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*, ob. cit.; p. 24.

¹²¹ Pedro de Valdivia, *Cartas*, ob. cit., pp. 54 y 88.

¹²² C. H. CH. Tomo I, ob. cit., pp. 69, 95, 98, 99.

¹²³ Andrés Febrés, ob. cit., p. 359.

Es interesante recordar que Rodolfo Lenz reclamó a fines del siglo XIX el honor de haberla restituido «en su valor antiguo» en la publicación de sus Estudios Araucanos¹²⁴: «Científicamente es el único nombre aceptable para los indios chilenos».

Este valioso investigador alemán, que llegó a Chile en 1890, tiene la razón para defender el gentilicio «mapuche» para los indios chilenos, pero agreguemos dos precisiones básicas: sólo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII aparece el vocablo con sentido de gentilicio y sólo para la región situada al sur del río Itata hasta el río Toltén. Incluso, como hemos leído en Febrés, expresando un largo proceso de mestizaje, que en la segunda mitad del siglo XVIII había adquirido una identidad especial.

Antes de terminar revisaremos, en sintética visión, lo que las investigaciones arqueológicas nos informan sobre los pueblos que formaban parte del «área extremo sur andina», es decir los territorios situados al sur del río Maule hasta el golfo de Ancud.

¹²⁴ Anales de la Universidad de Chile, tomos XC y siguientes; Santiago de Chile, 1895 a 1897.

ALGUNOS APORTES DE LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA

Son varios los trabajos descriptivos, de excavaciones y de síntesis cultural efectuados en el «área extremo sur andina» por los arqueólogos extranjeros y chilenos. Dentro de lo que hemos denominado¹²⁵ el primer período de la Arqueología de Chile, José Toribio Medina sintetizó en su ahora clásico libro *Los Aborígenes de Chile*, todo lo que sabía sobre los araucanos, hasta comienzos de la década de 1880.

Luego, a fines del segundo período, hacia 1909, Ricardo E. Latcham dio a conocer los resultados de sus investigaciones sobre *La Antropología Chilena*, en donde el estudio de la cultura y de los rasgos físicos de los «mapuches» jugaron un rol muy importante.

Ya en el tercer período, especialmente en las décadas de 1920, 1930 y 1940, aparecieron varios estudios relacionados con el problema del origen de la cultura araucana o mapuche, sobre la extensión de este pueblo en el territorio nacional, y sobre influencias de la cultura atacameña en la Araucanía, cuyos autores, entre otros, eran Tomás Guevara, Ricardo Latcham y Aureliano Oyarzún¹²⁶.

¹²⁵ Mario Orellana R.; *Historia de la Arqueología en Chile*, Colección Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Bravo y Allende editores. Santiago de Chile, 1996.

¹²⁶ Todos los científicos que serán mencionados en este capítulo están incluidos, con sus principales artículos y libros, en la Bibliografía General.

Especialmente, los investigadores Guevara y Latcham disputaron enérgicamente sobre los orígenes de los aborígenes de la Araucanía. Además, como lo hemos adelantado, fue Latcham quien propuso el cambio del gentilicio araucano por el de mapuche, haciendo suya la tendencia creciente de los estudios lingüísticos, folklóricos y etnográficos hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX. Los trabajos de Rodolfo Lenz fueron muy importantes para valorizar el nuevo gentilicio, que era conocido desde el siglo XVIII.

A fines de la década de 1950 la presencia del prehistoriador austriaco Osvaldo F. A. Menghin fue fundamental para dar un vuelco a la investigación arqueológica de la Araucanía y regiones aledañas. Por una parte, estudió los valiosos materiales culturales de Carlos Oliver Schneider (1932) y de Billman Bullock (1955), y por otra excavó en varios yacimientos, junto a los investigadores del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile: sus trabajos de campo más relevantes fueron en la cueva de los Catalanes, en Panguipulli y en Calafquén, con el resultado de identificar un estilo alfarero denominado Pitrén, y de construir el primer cuadro cronológico y corológico de la Araucanía que sirvió de base para los trabajos de las décadas posteriores.

Fue Bernardo Berdichevsky quien en la década de 1960 y comienzos de la década de 1970 hizo algunas publicaciones relacionadas con la cueva de los Catalanes y los cementerios Pitrén en Calafquén (1968-1971-1972; 1973).

Es justamente en el quinto período de la arqueología de Chile que se caracteriza por la docencia y la investigación universitaria (Universidad de Chile, Universidad de Concepción y Universidad Austral), en donde aparecen los aportes de investigadores chilenos y extranjeros con teorías y técnicas de trabajo de campo que ayudarán, poco a poco, a resolver algunos de los problemas de la arqueología araucana. Así, a fines de la década de 1960 y ya en la década de 1970 podemos mencionar los trabajos de Zulema Seguel (1969), de Julia Monleón (1972-1973), Américo Gordon (1978), Ximena Navarro (1979), Jacqueline Reymond (1971) y del investigador norteamericano Tom Dillehay (1976). Gracias a estos investigadores se van conociendo nuevos yacimientos, se comienzan a hacer trabajos interdisciplinarios (arqueología – geomorfología; arqueología – etnografía) y aparecen las primeras fechas de carbón catorce (C 14). Es Américo Gordon quien informa una fecha de C14 para el complejo funerario El Vergel (sitio Padre Las Casas) de 1280 D.C. También Ximena Navarro trabajando en Pucón identifica un sitio habitacional del complejo Vergel, fechado por la técnica de hidratación de obsidiana en 1219 D.C.

Ya en la década de 1980, Carlos Aldunate (1982-1989) presenta una interesante síntesis de lo estudiado aportando una visión de conjunto a partir de las investigaciones arqueológicas, etnográficas y ecológicas. Igualmente presenta un cuadro cronológico cultural «del estadio alfarero en el sur de Chile» en donde está bien representado el desarrollo cultural alfarero Pitrén entre el 500 y el 1500 D.C. Sólo para el sector septentrional de la región estudiada (del Itata al golfo de

Reloncaví) y más concretamente para los sectores de la costa y del valle, identifica el desarrollo cultural alfarero Vergel (entre el 1000 y el 1300 D.C.). Luego, escribe (1989: p. 347-348) que «después de la conquista hispana y como consecuencia de la mayor cohesión que imponen la defensa y el establecimiento del sistema de la frontera, surge la cultura mapuche, producto de la integración de los grupos representativos de los complejos Pitrén y El Vergel, con etnias transcordilleranas y evidentes influencias hispanas».

Sin embargo, son los trabajos de campo de los últimos años (década de 1990, que sin duda debe ser situada en los comienzos de *un nuevo período* de la investigación arqueológica de Chile) los que enriquecerán aún más el conocimiento científico de los desarrollos culturales prehispánicos. Recordemos, entre otras, las publicaciones de Ximena Navarro (1993), de Rodrigo Sánchez y Nelson Gaete (2000), Daniel Quiroz y Marco Sánchez (1997), Leonor Adan (2000) y de Francisco Rothhammer (1993).

Este breve recuento de algunas investigaciones debe dejar muy en claro que es a partir de Osvaldo F. A. Menghin (1962) que se organizan los datos, aún insuficientes, y adquieren un orden mínimo cronológico y espacial. Luego los trabajos de Berdichewsky y sobre todo de Aldunate enriquecen el conocimiento de la prehistoria aborígen prehispánica de la Araucanía y sus regiones cercanas.

Será además Menghin quien esbozará las relaciones de sus fases paleoaraucanas (Pitrense y Vergelense) con desarrollos culturales en Argentina (Candelaria) y el mundo amazónico, en cuanto puede estar en el origen de Candelaria y Pitrén. Con esta nueva postura explicativa apartó la teoría de Latcham que hacía venir a los primeros mapuches desde las pampas orientales en un tiempo prehispánico tardío (entrada de Moluches). Aunque en el presente este interés por el origen de los araucanos no es tema central de investigación, sí encontramos esbozados, de acuerdo a las investigaciones interdisciplinarias de las décadas de 1980 y 1990, un cuadro de relaciones entre diferentes grupos culturales prehispánicos.

Así, por ejemplo, las investigaciones hechas en la región de Cauquenes han permitido postular la presencia de algunos elementos vergelenses en la VII región.

A su vez, la relación entre Pitrén y la fase alfarera temprana de Chile central (denominada Llolleo) ha sido postulada por Aldunate (1989), por Falabella y Stehberg (1989) y por Thomas, Benavente y Durán (1980), con el sitio Parque La Quintrala en La Reina. Igualmente, el antropólogo Francisco Rothhammer (1993) ha planteado la hipótesis de una relación entre mapuches, aymaras y quechuas; a partir de un estudio de las distancias genéticas de NEI entre varios grupos lingüísticos de aborígenes sudamericanos. Estos resultados preliminares estarían apoyados por los datos craneométricos, estudiados por este mismo investigador (1984). Es interesante agregar que los grupos aymaras-quechuas estarían muy relacionados con los grupos Arawak, lo que nos llevaría a situar un centro de dispersión humana y cultural en las selvas tropicales.

Todas estas investigaciones, aunque no tuvieron como objetivo principal el estudio del origen de los araucanos, hicieron posible que la explicación para resolver este problema por medio de la invasión de un pueblo guerrero (moluches) y su consecuencia expresada en la división o separación de los antiguos ocupantes de los territorios en norteños (Picunches) o sureños (Huilliches), fuera siendo reemplazada por otras teorías que señalaban la importancia de culturas del centro-norte de Chile, del mundo andino en general, y también de las selvas tropicales; para explicar de dónde provenían los antiguos habitantes prehispánicos de la Araucanía y de sus territorios circundantes.

En general, los arqueólogos han sido más cuidadosos que otros estudiosos, para nominar con un gentilicio común a los pueblos aborígenes prehispánicos. Sin embargo, cuando se estudia el contacto entre españoles y aborígenes prácticamente todos han usado los nombres de «araucanos» o de «mapuches». La fuerza de la costumbre, el uso continuado del etnónimo araucano por casi cuatro siglos y, a la vez, el uso del gentilicio mapuche en los últimos cien años, hace muy difícil oponerse a estos nombres. Esta situación me recuerda el uso tradicional de conceptos como «prehistoria», «salvajismo», «barbarie», «neolítico», «paleolítico» que han sido discutidos, e incluso rechazados por muchos investigadores, pero que no dejan de ser utilizados.

Sin desconocer las posibles relaciones culturales que se habrían dado entre los actuales mapuches y los antiguos aborígenes del siglo XVI, e incluso con los que hicieron los tiestos alfareros, y otros artefactos, de la fase Vergelense, los estudios arqueológicos no han entregado pruebas suficientes para postular una identidad cultural entre unos y otros y, por lo tanto, contribuir con datos científicos a una nominación étnica común.

Los trabajos de arqueología histórica hechos en Pucón (Gordon, 1991) y en Villarrica (Harcha, Lucero, Mera; 2000), entregan información muy general sobre la utilización de mano de obra indígena en la casa del encomendero y en el antiguo fuerte de Villarrica, como también información sobre la técnica de construcción española: «muros de tapia levantados sobre cimientos de piedra» y el uso de tejas cocidas para techar.

A propósito de los lavaderos de oro y de la «casa fuerte», estudiada por Gordon, que se encuentra a unos 15 kms. de Concón, el cronista Vivar escribió en la década de 1550 que «a las espaldas de la Villarrica hay grandes minas de oro y aun yo vi unas minas de oro junto a la Villarrica, en un pueblo de un cacique que se decía Pucorco, bien ricas»¹²⁷.

Otro de los resultados valiosos de las recientes investigaciones, ha sido la profundización cronológica obtenida para muchos sitios arqueológicos, que corresponden a ocupaciones de cazadores, pescadores y recolectores desde el río Maule al sur, gracias a los fechados de carbón catorce (C14) que van del 5685 A.C. al 2000 A.C.

¹²⁷ Vivar, ob. cit., cap. CVIII, p. 272.

Merece mención aparte la investigación de Tom Dillehay, y su equipo, en Monte Verde (Puerto Montt) que ha probado científicamente la presencia de cazadores del pleistoceno tardío (llamados también Paleo-Indios) hacia el 10.620 A.C. (Dillehay, 1997).

Volviendo al período cultural alfarero, que es la materia que nos interesa, insistamos en dos interpretaciones algo contrapuestas: por un lado, los estudios efectuados en la costa de la provincia de Cauquenes (Mera, 2000), permiten construir una hipótesis del desarrollo alfarero temprano independiente de los grupos alfareros situados al norte y al sur de ellos (Llolleo-Pitrén). Se trataría de grupos que vivieron entre el 650 y el 880 D.C. (según otros investigadores las fechas van del 490 D.C. al 990 D.C.: Gaete, Sánchez, 2000), que aunque usan tiestos alfareros, son principalmente cazadores tardíos que recibieron la cerámica a través del sistema fluvial del río Maule.

Esta hipótesis de la cierta independencia de todo el material cerámico del Maule y de Cauquenes en relación a otros de la zona central y sur de Chile, había sido expuesta anteriormente por otros investigadores (Aldunate-Gallardo-Román-Daza; 1991). Sin embargo, nuevos trabajos hechos por Gaete y Sánchez (véanse sus publicaciones en la bibliografía), han postulado que contextos culturales de alfareros-recolectores, situados entre el 865 D.C. y el 1460 D.C. («Patrón alfarero Pelluhue»), se relacionan con otros situados en la costa, en el valle y en la cordillera. Las formas de los tiestos y los tratamientos de superficie, incluyendo las decoraciones mostrarían relaciones alfareras con el complejo El Vergel, que se cronologa, por datación absoluta, entre el 1147 D.C. al 1280 D.C., lo que no se opone a ampliar tanto las fechas de sus comienzos como de terminación (1000D.C.- 1400 D.C.).

Ahora bien, estos nuevos datos arqueológicos de relaciones con el territorio de la Araucanía y sus alrededores, estarían en concordancia con la información histórica entregada por los cronistas del siglo XVI, los que hacían comenzar una provincia cultural diferente a la del Chile central desde el sur del río Maule.

Nosotros, ya en 1988, y apoyando las hipótesis de Ricardo E. Latcham (1928), habíamos insinuado una diferenciación cultural entre lo que se conoce, para los tiempos prehispánicos tardíos, como «cultura Aconcagua» y el «complejo» o «fase» El Vergel.

De todos modos, como se ha podido conocer, las hipótesis que intentan explicar los procesos culturales prehispánicos del centro y sur de Chile, a veces aparecen contradiciéndose: aceptación o rechazo de los contactos culturales entre el formativo central y el formativo sureño; reconocimiento de una identidad propia prehispánica de las culturas situadas al sur del río Maule y hasta el río Itata, o al contrario, apoyo a las relaciones agro-alfareras tardías entre éstas y las situadas al sur del río Bío-Bío.

Lo que sí aparece como una contribución valiosa es el importante número de investigaciones efectuadas en las regiones VI-VII-VIII y IX, realizadas todas en las dos últimas décadas por jóvenes

investigadores. Igualmente sus conclusiones –aún incompletas– han enriquecido el pasado de estos habitantes prehistóricos, alcanzando ahora límites cronológicos dentro del Arcaico o período de los cazadores post-pleistocénicos. Incluso las investigaciones de Monte Verde, han corroborado una realidad pleistocénica tardía para los más antiguos habitantes del sur de Chile (10.620 A.C.), lo que abre nuevas posibilidades a las investigaciones arqueológicas de la zona.

Entre los resultados más importantes de las investigaciones arqueológicas de los últimos años se encuentra la ampliación no sólo cronológica del llamado Complejo alfarero Pitren (350 D.C. - 1215 D.C.) sino también del espacio ocupado. Así, no sólo encontramos cementerios y lugares habitacionales en la región de los lagos sino también en los llanos, en la costa y posiblemente en la Isla Mocha.

Las fechas más recientes para los grupos Pitren tardíos (entre el 950 D.C. y el 1215 D.C.) harían posible una coexistencia en éstos y las primeras manifestaciones Vergelenses. Esta fase situada cronológicamente entre el 1000 y el 1400 D.C., y con un fuerte dominio del espacio del valle central (Los Llanos) y un conocimiento de la agricultura y de la domesticación de animales, es muy bien conocida por el tipo alfarero «urnas», tiestos éstos que sirvieron de enterramiento. Dentro de este complejo se identificó un tipo alfarero denominado Valdivia, que continuó en el período histórico colonial.

Es en el desarrollo Vergelense, especialmente en su fase tardía prehispánica, incluyendo el tipo Valdivia, en donde se reconocen algunos materiales y estilos culturales que se continuarían en los mapuches históricos. Es aquí en donde las investigaciones deberían centrarse para probar con suficientes pruebas arqueológicas esta hipótesis, sobre todo porque se ha demostrado que el pueblo mapuche es producto de un proceso de intercambios biológicos y culturales a lo largo de varios siglos y que se reconoce como tal, dándose nombre sólo en el siglo XVIII.

CONCLUSIONES PROVISORIAS

Por lo estudiado podemos construir algunas respuestas tentativas (hipótesis) que nos servirán de estímulo para continuar investigando y poniendo a prueba nuestras conclusiones.

- 1) Los documentos españoles del siglo XVI y de las primeras décadas del siglo XVII, no entregan información suficiente para denominar en su conjunto a los diferentes grupos de aborígenes que habitaban por ejemplo las tierras de Penco, Arauco, Tucapel, Purén, de Maquehua, etc., con un único gentilicio.
- 2) Tanto los informes de servicio, las probanzas de mérito, los acuerdos de cabildos, las comunicaciones de los gobernadores y de otras autoridades, como los manuscritos de historias y crónicas, y algunas escasas obras publicadas, especialmente del género poético épico, mencionan a los aborígenes que se enfrentan bélicamente a los españoles con diversos nombres. Priman, en primer lugar, los nombres de los loncos, ülmenes, toquis, gen-boye, los que a su vez, apellidan a los aborígenes que están bajo su obediencia, puesto que en muchos casos se trata de linajes de origen totémico. Hay, muchas veces, una relación estrecha entre estos nombres y los lugares geográficos en donde habitan los señores principales y sus comunidades.
- 3) Todas estas comunidades de aborígenes, que los textos españoles llaman «parcialidades», reciben diferentes nombres: para la provincia de Concepción (desde el río Itata hasta el río Cautín) el

vocablo más usado desde 1550 es el de *lebo*, y algunos decenios más tarde, a fines del siglo, también se usa el de «regua». Por sus lebos se les apellida: «Andalién»; «Arauco», «Talcahuano», etc. Los españoles al «lebo de Arauco», por ejemplo, también lo denominaban, en los primeros años de la conquista, «provincia de Arauco» y, en varios casos, «estado de Arauco».

Según sean los autores y documentos citados, Arauco se convierte en el referente guerrero más importante, solo disputado a fines del siglo por el estado o provincia de Purén. Entonces, los aborígenes de Arauco, son los sujetos y objetos de todos los textos españoles y «los araucanos» se transforman en una etnia relevante que desde 1550 engloba a todos los naturales que se resisten a la conquista y poblamiento españoles.

- 4) El vocablo «aborígenes de Arauco», usado por los españoles, ha dominado, desde antes de Alonso Ercilla y Zúñiga, el campo de la literatura histórica, transformándose en el siglo XVI en el gentilicio «araucanos».
- 5) Otro vocablo que intentó disputar, a fines del siglo, la primacía del nombre de «araucanos», fue el de «chilcanos». Este nombre lo hemos seguido desde 1569 hasta 1634, pero se pierde en la literatura de los años y siglos posteriores.
- 6) Ningún documento o autor del siglo XVI menciona el etnónimo «mapuche», que hoy en día usan muchos científicos y escritores. Es curioso que este vocablo, que tampoco aparece en el vocabulario del padre Luis de Valdivia de 1606, y en ningún autor del siglo XVII, haya adquirido una importancia tan grande como la del vocablo araucano, para nominar a los aborígenes tanto prehispanos como contemporáneos a la conquista española. Merece una investigación aparte explicar científicamente esta situación. Hay todavía muchas interrogantes alrededor del vocablo «mapuche», que en Chile central se usaba a la llegada de los españoles para darle nombre a un río y valle (Mapuche→Mapocho).
- 7) El padre Luis de Valdivia, en cambio, usa la palabra «reche» para denominar a «los indios de Chile». Sin embargo, hasta lo que hemos estudiado, ningún documento o autor del siglo XVI usa este gentilicio. Vuelve a aparecer esta palabra en el vocabulario del padre Andrés Febrés (1765) y en otros autores como el abate Molina (1788).
- 8) El problema del valor de estos gentilicios se encuentra en saber si los aborígenes del siglo XVI se adjudicaban a sí mismos un nombre que los apellidase a todos los que se reconocían como miembros de una comunidad étnica y cultural. Llamarse «hombre de la tierra» (mapuche) u «hombre sin mezcla» (reche), que no necesita otro agregado para identificarse, ¿significaba sentirse obligatoriamente como parte de un grupo mayor? Incluso pudieron autocalificarse sólo como «che» (hombre), siempre en referencia a otros extranjeros, y no reconocerse como pueblo.
- 9) Otra de nuestras conclusiones que deben contrastarse, es que a pesar de las incógnitas señaladas, algunos españoles a mediados del siglo XVI, creyeron ver una unidad «cultural» entre los

aborígenes que intentaban dominar. Las descripciones del gobernador Valdivia y del cronista Vivar pueden ayudar a construir una interpretación que justifique el intento de encontrar un gentilicio que no traicione la realidad cultural de estos aborígenes.

10) La diferenciación de estos aborígenes del «estado de Arauco», los llamados «araucanos», con los que habitaban al sur del río Toltén, en la provincia de «Mallalafquen» o «Mallalauquen», estaría probada por las descripciones hechas por Vivar y por el vocabulario usado para designar las estructuras sociales y familiares de unos y otros. Sin embargo, hay también pruebas suficientes para considerar a todos estos aborígenes como perteneciendo a pueblos que están muy interrelacionados, muy inter-culturizados. Menos clara es la relación inter-cultural con los aborígenes de Chile central: los mapochinos y los llamados «poromocoes» o «promaucaes», a pesar de la lengua común que tienen éstos con los aborígenes de Arauco.

11) Una de nuestras conclusiones, que debería contrastarse aún más, se fundamenta en los nombres que tenían las estructuras sociales de las etnias aborígenes. En Mallalauquén los lebos y reguas se subdividían en cabis y estos en müchullas, no ocurriendo lo mismo en Arauco en donde no encontramos el nombre de müchulla (o machulla).

A su vez, para los aborígenes del Aconcagua, del Mapocho, del Maipo hasta el Maule, las encomiendas no mencionan los lebos, reguas, cabies, müchullas, etc. Entonces, según las fuentes estudiadas, quedaría probada la información arqueológica que reconoce culturas diferentes para Chile central y Sur, a pesar de las conexiones existentes entre algunos tipos culturales pertenecientes a las sociedades de Chile Central y aquéllas situadas al sur del río Itata.

12) Cualquier gentilicio que se use, y que tenga antecedentes en la documentación española del siglo XVI o en el vocabulario indígena, que también ha sido rescatado por los españoles de este siglo, tiene alguna justificación. Por esta razón no se explica la protesta contra el vocablo «araucano» y su reemplazo por el de mapuche. A su vez la palabra reche utilizada por más de un estudioso, debería ser más investigada, buscándose en los textos del siglo XVI la confirmación de su uso como gentilicio.

Y, a pesar de que la palabra mapuche no aparece como gentilicio sino en el siglo XVIII y comienza a generalizarse en el siglo XIX, ha sido usada para los primeros decenios de la Conquista: quien la utilice, sin embargo, debería aportar pruebas antropológicas, culturales y biológicas, arqueológicas e históricas sobre la continuidad cultural entre los pueblos aborígenes del siglo XVI y los que ahora son denominados «mapuches». Esta recomendación científica no debería ser interpretada como una negación de la existencia de relaciones biológicas y culturales de los actuales mapuches con aborígenes del siglo XVI. Lo que nos interesa argumentar es que no deben hacerse afirmaciones si no se cuenta con pruebas suficientes; en este caso el uso del gentilicio mapuche no está apoyado por la documentación histórica.

- 13) Una vez más, es necesario insistir que no existió un vocablo único usado por los documentos españoles para denominar a los aborígenes del siglo XVI que resistieron la penetración española entre los ríos Itata y Toltén. Los gentilicios «indios chilenos», «chilenses» además de ser sólo usados por los hispanos, son muy generales; y por cierto, los aborígenes no se identificaron con estos nombres, como tampoco con uno de origen indígena. Obviamente que se diferenciaron de los españoles, de los negros y de otros hombres extranjeros, pero también lo hicieron de otros habitantes del territorio que eran aborígenes y que incluso hablaban su misma lengua con modificaciones regionales. Sus nombres propios acentuaron la importancia de un territorio y de un ancestro común. Nada parecido a una nación, a un gobierno unitario, o a una confederación de etnias. Lo que unía a los indios del estado de Arauco y Tucapel era una cultura general, con creencias y valores comunes, pero que no tuvo la fuerza de cohesionarlos social y políticamente. También las reguas (y lebos) se congregaban al llamado de un lonco principal para defenderse de los invasores españoles, produciéndose por algunos meses (especialmente de noviembre a marzo) una unidad guerrera, bajo el señorío de un jefe llamado Toqui. Luego de vencer o ser derrotados, las reguas o lebos se separaban, tomando cada una de ellas decisiones de paz o de guerra. A fines del siglo XVI, algunas reguas se relacionaron en un sistema bastante flexible llamado «ayllareguas» («la ayllaregua de Arauco»). Con el tiempo, a comienzos del siglo XVII, se comienza a dibujar, en la contingencia bélica, una reunión de ayllareguas que congrega a aquéllos que viven en la costa, otros en los llanos, y, por último a los que viven en los territorios cercanos a la cordillera. Serían los futuros «butanmapus» de los cronistas e historiadores de los siglos XVII y XVIII.
- 14) Sobre las hipótesis relacionadas con el origen de los aborígenes de Arauco, concluyamos que las explicaciones sobre este problema deberían dejar de lado las posturas extremas que acompañaron a la antropología y a la prehistoria chilena en la primera mitad del siglo XX, en donde o se apoyaba la teoría de Ricardo E. Latcham (penetración moluche desde las pampas orientales) o se la rebatía haciendo, en especial, uso de la exposición teórica de Tomás Guevara (penetración de norte a sur de cazadores, pescadores y agricultores). Luego del aporte de Osvaldo Menghin, a fines de la década de 1950; y de otros estudiosos chilenos, en las décadas más recientes, tenemos suficiente información para construir una explicación general que identifica un estrato cultural y biológico de agricultores y alfareros tempranos que se enriquecieron, con algunos aportes de poblaciones provenientes del norte chico y de Chile central, desde los primeros siglos de la era cristiana. Igualmente debieron hacer una contribución, a lo largo de los siglos prehispanicos, grupos de habitantes cordilleranos. Así, la llegada de elementos biológicos y culturales andinos, más algunos provenientes del mundo selvático y de la transcordillera, puede ejemplificar mejor la riqueza de aportes que recibieron los primeros ocupantes de la costa, de los llanos y de la precordillera de la Araucanía. Principalmen-

te, los complejos culturales Pitrinense y Vergelense ejemplifican los desarrollos culturales de esta región entre el 350 D.C. y el 1400 D.C. Posteriormente, la entrada de los conquistadores europeos y la creciente mezcla biológica entre éstos y los diferentes grupos indígenas explicarían los cambios étnicos y culturales que se produjeron en los siglos coloniales, y la formación de una etnia moderna en los últimos siglos que denominamos «mapuches».

- 15) Finalmente, para dejar claramente expresada nuestra principal hipótesis, que la exponemos en este estudio como una conclusión provisoria, señalamos que no discutimos los datos arqueológicos que permiten concluir una relación cultural entre el Vergelense, incluyendo al Valdiviense, y las expresiones culturales de los aborígenes del siglo XVI.

Lo que debe ponerse a prueba es la continuidad cultural entre el complejo cultural identificado por la arqueología, y el pueblo mapuche actual, que es producto de una etnogénesis de varios siglos de duración.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Sólo se citan las publicaciones que no están mencionadas a pie de página.

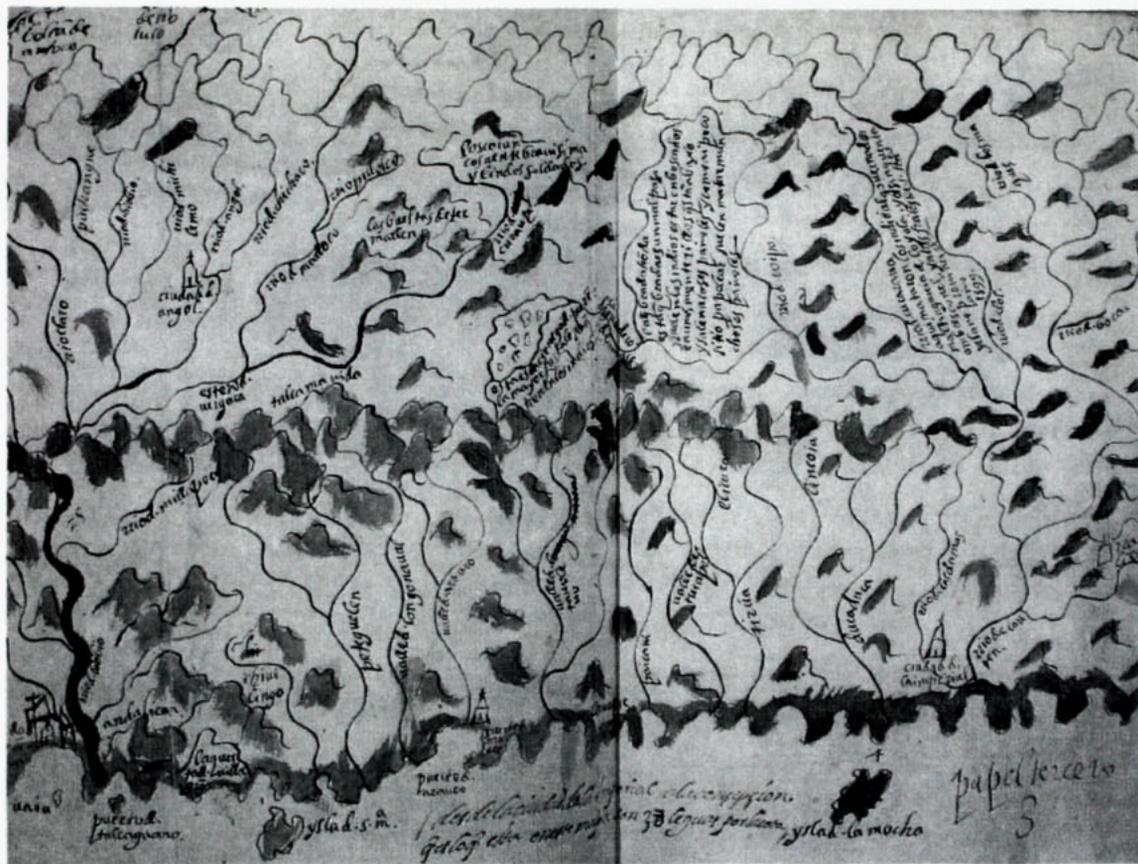
- 1.- ADÁN, L. Y REYES, V. (2000): «Sitio los Chilcos: descripción y análisis de un nuevo cementerio Pitrén en la región del Calafquén». *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, N°30.
- 2.- ALDUNATE, C.; GALLARDO, F.; ROMÁN, A. Y DEZA, A. (1991): «Arqueología de la desembocadura del río Maule». *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*; T. III. Santiago de Chile.
- 3.- BERDICHEWSKY, B. (1968): «Excavaciones en la cueva de los Catalanes». *Boletín de Prehistoria de Chile N°1*, Universidad de Chile. Santiago de Chile.
(1971): «Fases culturales en la prehistoria de los araucanos de Chile». *R. CH. H. y G.*, N°139. Santiago de Chile.
- 4.- BERDICHEWSKY, B.; y CALVO DE GUZMÁN, M. (1972-1973): «Excavaciones en cementerios indígenas de la región de Calafquén». *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, Boletín de Prehistoria*. N° especial. Universidad de Chile. Santiago de Chile.
- 5.- BULLOCK, D. S. (1955): «Urnas funerarias prehistóricas de la región de Angol». *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*; XXVI - N°5. Santiago.
(1970): «Piedras horadadas con la perforación inconclusa». *Apartado del Boletín de la Sociedad Biológica de Concepción* (Chile).
(1970): *Boletín de la Sociedad Biológica de Concepción*. Tomo XLIII. Concepción.
- 6.- BUSTOS, V.; SEGUEL, Z. y VERGARA, N. (1998): «Los conchales antrópicos de ostras en la micro área Roqui-Tubul, extremo sur del Golfo de Arauco; VIII Región». 1^{er} *Seminario de Arqueología. Zona centro-sur de Chile*. Universidad San Sebastián. Serie Antropología 1. Concepción.
- 7.- CARVALLO y GOYENECHÉ, V. (1875): «Descripción histórico-geográfica del reino de Chile». *C. H. CH.*, tomo VIII (1). Santiago de Chile.
- 8.- CISTERNAS, P. (1996): «Estructura social y dinámica segmentaria en Araucanía». *Re-*

- vista de *Historia Indígena N°1*. Universidad de Chile.
- 9.- COOPER, J. M. (1946): «The Araucanians. Smithsonian Institution». *Handbooks of South American Indians II*. Washington.
- 10.-DANNEMANN, M. y VALENCIA, A. (1989): «Grupos aborígenes chilenos. Su situación actual y distribución territorial». *Colección Terra Nostra*; N°15. Santiago.
- 11.-DILLEHAY, T. (1976): «Observaciones y consideraciones sobre la Prehistoria y la temprana época histórica de la región centro-sur de Chile». *Estudios Antropológicos sobre los mapuches de Chile sur-central*. U. Católica de Temuco. Temuco.
- (1981): «Visión actual de los estudios de la Araucanía prehispanica». *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, N°38. Santiago.
- (1990): *Araucanía: presente y pasado*. Editorial Andrés Bello. Santiago.
- (1989-1997) *Monte Verde*. Volúmenes I y II. Smithsonian Institution Press. Washington and London.
- 12.-FARON, L. (1969): *Los mapuches, su estructura social*. Instituto Indigenista Interamericano. México.
- 13.-FOESTER, R. (1996): *Introducción a la religión mapuche*. Editorial Universitaria.
- 14.-FALABELLA, F. y STEHBERG, R. (1989): «Los inicios del desarrollo agrícola y alfarero: zona central». *Culturas de Chile. Prehistoria*. Ed. Andrés Bello, Santiago.
- 15.-GAETE, N.; SÁNCHEZ, R. y VARGAS, M.L. (1998): «Caza, pesca y recolección durante el Arcaico en la costa del interfluvio Maule-Itata. Área extremo sur andina, Chile». *I^{er} Seminario de Arqueología. Zona centro-sur de Chile. Serie Antropológica I*. U. San Sebastián. Concepción.
- 16.-GAETE, N. y SÁNCHEZ, R. (2000): «Ocupación multicultural en la costa de la provincia de Cauquenes, VII región del Maule, Chile». *Actas 3^{er} Congreso Chileno de Antropología, T. II*. Santiago.
- 17.-GORDON, A.; MADRID, J. y MONLEÓN, J. (1972-1973): «Excavaciones del cementerio indígena en Gorbea (sitio 60-3)». *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena (octubre-1971)*. *Boletín de Prehistoria. Número especial*. Santiago de Chile.
- 18.-GORDON, A. (1978): «Urna y canoa funerarias. Una sepultura doble excavada en Padre Las Casas. Provincia de Cautín, IX región, Chile». *Revista Chilena de Antropología N°1*, Universidad de Chile. Santiago.
- (1991): «La casa fuerte Santa Sylvia». *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. T. III, M. N. H. N. y S. CH. A. Santiago de Chile.
- 19.-GREVE, M. E. (1993-1994): «El sub-sistema de los ngenen en la religiosidad mapuche». *Revista Chilena de Antropología N°12*. Universidad de Chile. Santiago.
- (1998): *Culturas Indígenas de Chile; un estudio preliminar*. Pehuén editores Ltda. Santiago.
- 20.-GUEVARA, T. (1929): «Historia de Chile». *Chile Prehispano. T. I y II*. Universidad de Chile, Santiago.
- (1928): «Sobre el origen de los araucanos. Réplica a don Ricardo E. Latham». *R. CH.*

- H y G.*; N°63. Santiago.
(1930): «Sobre el origen de los araucanos». *R. CH. H y G.*; N°68. Santiago.
- 21.-HARCHA, L.; LUCERO, V. y MERA, R. (2000): «Estudio arqueológico de un sitio del temprano contacto hispano-indígena». *Actas 3^{er} Congreso Chileno de Antropología*. T.II. Santiago.
- 22.-LATCHAM, R. E. (1927): «El problema de los araucanos, sus orígenes y su lengua». *Atenea*. U. de Concepción, IV, N°6. Concepción.
(1928): *La prehistoria chilena*. Santiago de Chile.
(1928): «Chile prehispánico. El problema de los araucanos». *R. CH. H y G.*, N°61, Santiago.
- 23.-LEÓN, L. (1990): *Maloqueros y conchadores en Araucanía y las Pampas*. Ed. U. de la Frontera, Temuco.
- 24.-MEDINA, J. T. (1952): «Los aborígenes de Chile». *F. H. y B. J. T. Medina*. Santiago de Chile.
- 25.-MEDINA, A. (1974-1975): «El estado araucano». *Boletín de Prehistoria de Chile*, N°7-8. Universidad de Chile.
- 26.-MERA, R.; LUCERO, V. y HARCHA, L. (1998): «Excavaciones en el sitio «Fuerte de Villarica: VR-7». *1^{er} Seminario de Arqueología. Zona centro-sur de Chile, serie Antropología 1*. U. San Sebastián. Concepción.
- 27.-MERA, R. (2000): «El alfarero temprano en la costa de la provincia de Cauquenes. Análisis cerámico». *Actas 3^{er} Congreso Chileno de Antropología*. T. II. Santiago.
- 28.-MONLEÓN, J. (1979): «Alfarería temprana en la zona central de Chile». *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*. Ed. Kultrún. Santiago.
- 29.-NAVARRO, X. (1979): *Arqueología de un yacimiento precordillerano en el sur de Chile (Pucón, IX región)*. Depto de Estudios Históricos y Arqueológicos de la U. Austral de Chile. Valdivia.
- 30.-NAVARRO, X. y PINO, M. (1993): «Actividades recolectoras costeras de comunidades lafkenches en los períodos cerámicos y actuales (provincia de Valdivia, X Región)». *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Temuco.
- 31.-OLIVARES, M. (1864): «Historia militar, civil y sagrada del reino de Chile». *C. H. CH.* Tomo IV. Santiago.
- 32.-ORELLANA, M. (1994): *Prehistoria y Etnología de Chile*. Colección Ciencias Sociales. Universidad de Chile. Bravo y Allende editores. Santiago de Chile.
- 33.-OVALLE, A. (1969): *Histórica relación del Reino de Chile*. Instituto de Literatura Chilena. Santiago de Chile.
- 34.-OYARZÚN, A. (1981): *Estudios Antropológicos y Arqueológicos*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile.
- 35.-QUIROZ, D. y SÁNCHEZ, M. (editores) (1997): «La isla de las palabras rotas». D.I.B.A.M. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago.
- 36.-QUIROZ, D.; SÁNCHEZ, M.; MASSONE, M. y CONTRERAS, L. (1998): «Cazadores "Talcahuanenses" en las costas de Arauco

- durante el Holo-ceno medio». *1^{er} Seminario de Arqueología. Zona centro-sur de Chile. Serie Antropología I*. U. San Sebastián. Concepción.
- 37.-REYMOND, J. (1971): «Cementerio Araucano de Membrillo». *Boletín de Prehistoria de Chile*. Universidad de Chile, Año 3, Año 4.
- 38.-ROTHHAMMER, F.; COCILOVO, J. y QUEVEDO, S. (1984): «El poblamiento temprano en Sudamérica». *Chungará N°13*. Arica.
- 39.-ROTHHAMMER, F. (1993): «Etnogénesis de las poblaciones andinas; un enfoque genético poblacional». *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Temuco.
- 40.-SAN MARTÍN, S. (1996): *Importancia de la cultura mapuche. Lo que la historia calla*. Ed. LOM. Santiago de Chile.
- 41.-SCHNEIDER, C. O. (1932): *Los indios de Chile, Lo que se sabe actualmente de ellos*. Concepción.
- 42.-SEGUEL, Z. (1969): «Excavaciones en Bellavista, Concepción. Comunicación preliminar». *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología*. La Serena.
- (1998): «El conchal "Bellavista I" y el poblamiento temprano en el sector litoral de la bahía de Concepción». *1^{er} Seminario de Arqueología. Zona centro-sur de Chile. Serie Antropología I*. U. de San Sebastián, Concepción.
- 43.-SILVA, O. (1993): «Reflexiones sobre la influencia incaica en los albores del reino de Chile». *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. T. F. Temuco.
- 44.-STEHBERG, R. (1980): «Diccionario de sitios arqueológicos de Araucanía». *M. N. H. N.*, Santiago de Chile.
- 45.-TITIEV, M. (1998): *Araucanian culture in transition*. University of Michigan. Michigan.
- 46.-THOMAS, C. BENAVENTE, A. y DURÁN, A. (1980): «Análisis crítico comparativo del cementerio parque La Quintrala, La Reina». *Revista Chilena de Antropología N°3*. Universidad de Chile.
- 47.-VALDERRAMA, J.A. (1928): *Diccionario Histórico-Geográfico de la Araucanía*. Segunda edición. Santiago de Chile.
- 48.-VILLALOBOS, S.; ALDUNATE, C.; ZAPATER, H.; MÉNDEZ, L.M. y BASCUÑÁN, C. (1982): *Relaciones fronterizas en la Araucanía*. Ediciones U. Católica de Chile. Santiago.
- 49.-VILLALOBOS, S. (1995): *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la guerra de Arauco*. Ed. Andrés Bello. Santiago.
- 50.-ZAPATER, H. (1978): «Visión araucana de la conquista». *Revista Chilena de Antropología N°1*. Universidad de Chile. Santiago.

LÁMINAS



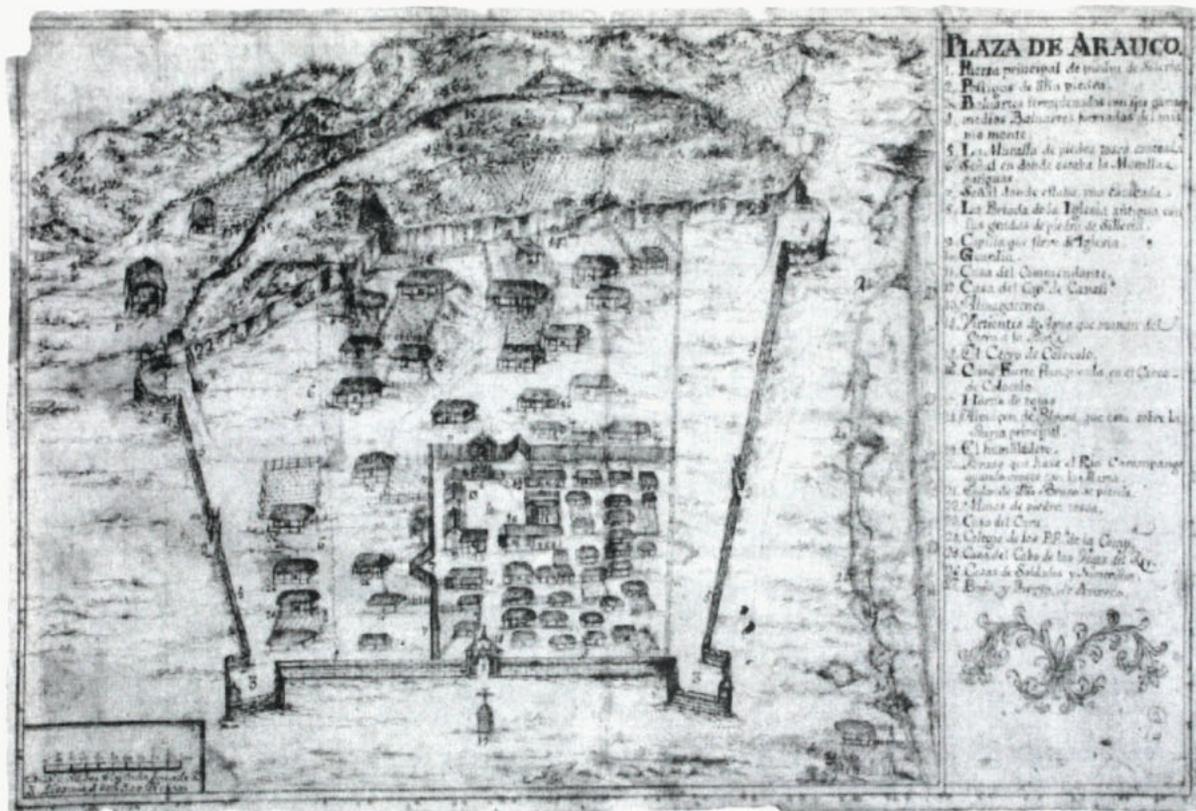
1.- Mapa dibujado por fray Diego de Ocaña. Jornada tercera del viaje:
Chillán a La imperial (A través de la América del Sur; 1607).



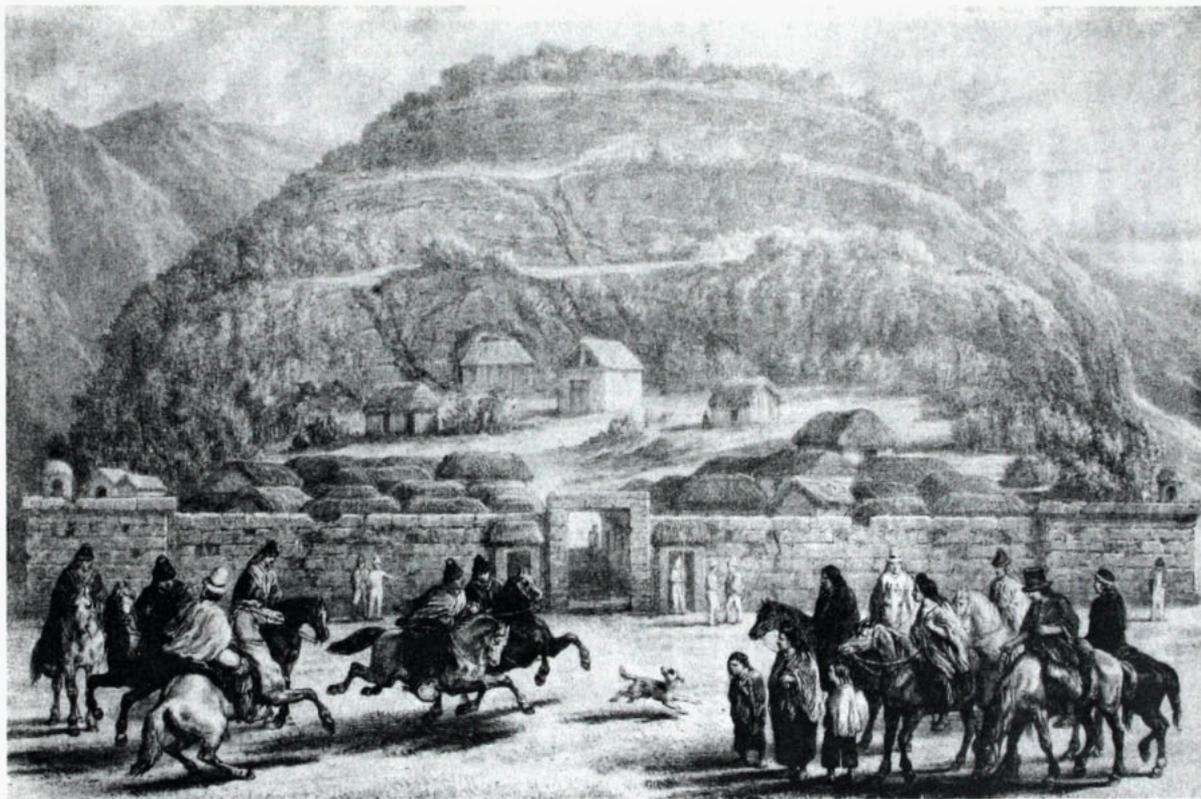
3.- Indio del Valle de Arauco: Caupolicán.
Según fray Diego de Ocaña (1607).



4.- India araucana, dibujada por fray Diego de Ocaña (1607).



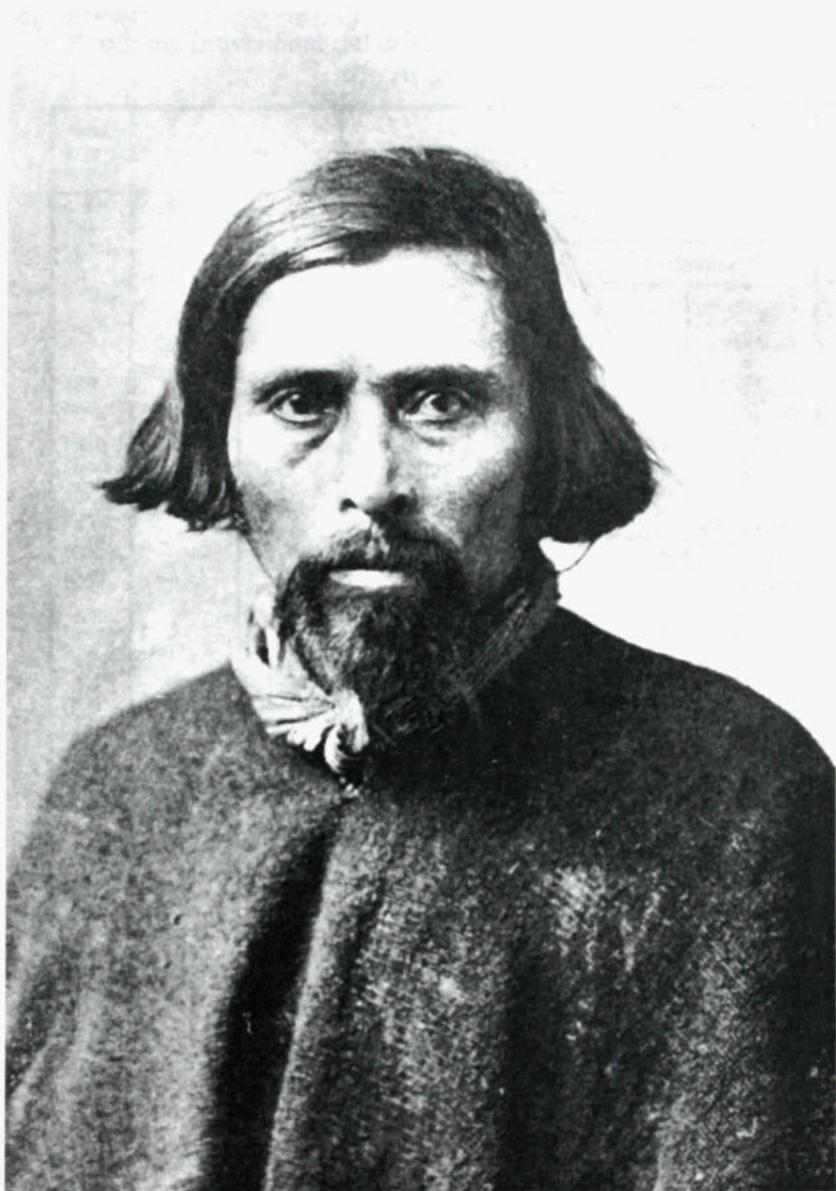
5.- Plaza de Arauco (1741), Este plano muestra los restos de las murallas antiguas (siglo XVII). Tomado de Gabriel Guarda. (Flandes Indiano, 1990).



6.- Plaza de Arauco, según Claudio Gay (Historia Física y Política de Chile. Album de costumbres, París, 1865).



7.- Mujer mapuche de comienzos del siglo XX.
R. Latcham, (Antropología chilena; Vol. XIV;
Cuarto Congreso Científico, Santiago, 1911).



8.- Cacique mapuche de comienzos del siglo XX.
R. Latcham, (Antropología chilena; Vol. XIV; Cuarto
Congreso Científico, Santiago, 1911).

Esquema provisional del desarrollo cronológico y corológico de Araucanía

O. F. A. Menghin 1960

Fechas aproximativas	Épocas		Zona norte y costa	Zona sur	
desde 1800		Neo-araucano	Cultura araucana moderna		
1800 — 1750 — 1750 —				Pucopiense	
			Valdiviense	Valdiviense	Huntag Calle Calle Huanehue
1550 — 1550 — 1450 — 1450 — 1400 — 1400 — 1300 — 1300 — 1000 — 1000 —	Neolítico tardío	Paleo-araucano	Vergelense II	?	
	Vergelense I		Tiruanense	Pitrenense	Capas sup. de los conchales de Chiloé (con influencias neolíticas)
1000 — 1000 — 0 — 0 —	Neolítico antiguo	Proto- o Pre-araucano	Fenómenos no bien determinables (cerámica grabada, esculturas, etc.)	?	
1000 — 1000 —	Epi-paleolítico	Paraneolítico	Talcahuanense (Cultura de Las Cenizas en Chile central)	Chanchanense (Ayanpitinense tardío)	
4000 — 4000 —		Epi-miolítico	(Ayanpitinense en Chile septentrional y central)	Capas inf. de los conchales de Chiloé (Riogalleguense)	
8000		Epi-protolítico	(Riogalleguense II en Cahuil, prov. de Colchagua)		

9.- Primer cuadro cronológico y corológico de la Araucanía; según Osvaldo F. A. Menghin (1960).

A R T E,
Y G R A M A T I C A
GENERAL DE LA LENGVA ~~QUE~~
corre en todo el Reyno de Chile, con vn
Vocabulario, y Confessionario: Compuestos
por el Padre Luis de Valdivia, de la
Compañia de Jesus, en la Pro-
vincia del Perú.

*IVNTAMENTE CON LA DOCTRINA
Christiana, y Cathesismo del Concilio de Lima
en Español, y dos traduciones del en la lengua
de Chile, que examinaron, y aprobaron los dos
Reverendísimos señores Obispos de Chile,
cada qual la de su Obispado.*

DEDICADA.

Al Señor Don Diego de Lara Escobar, Comissario
General de la Caualleria del Reyno de
Chile, &c.

CON LICENCIA

En Sevilla, por Thomás Lopez de
Haro, Año de 1684.

UNIVERSITY OF
MICHIGAN
LIBRARY



UNIVERSIDAD
NACIONAL
AUTÓNOMA
DE MÉXICO

